

CONTRA

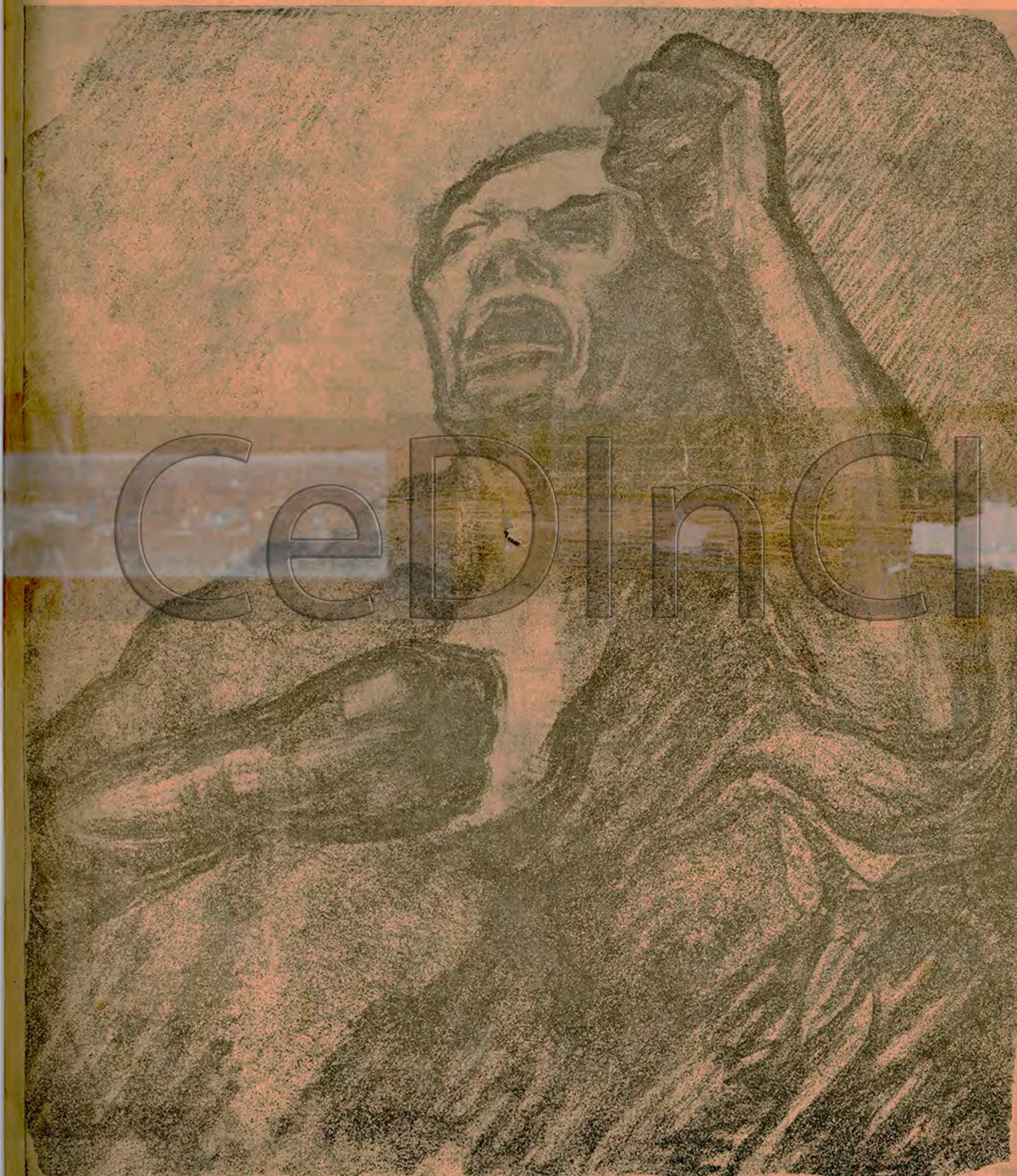
TODAS LAS
ESCUELAS
TODAS LAS
TENDENCIAS
TODAS LAS
OPINIONES

LA REVISTA DE LOS FRANCO-TIRADORES ★

Buenos Aires, Abril de 1933

Director: RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Año I - No. 1



Este notable dibujo de Facio Hebequer pertenece al cuaderno "Tu historia, compañero", 12 magníficas litografías del gran artista.

VLAMINCK, EL PINTOR CICLISTA

por JULIO PAYRÓ



Vlaminck, litografía

Tres años consecutivos, la abuela de Mauricio de Vlaminck le llevó como aguinaldo de París, cuando era niño, tres cajas de magia — juguete predilecto de la época — cada vez más completas, cada vez más llenas de variadas piezas de doble fondo, para iniciarlo en el difícil arte del escamoteo. Pero a Vlaminck no le gustaba la prestidigitación: ingrato, pretende que su abuela hubiera debido ser la abuela de Picasso. A Vlaminck le gustaba más la bicicleta, y por eso, sin duda, no es cubista.

Podríamos — ¿por qué no? — hacer una historia del arte basada en la evolución de los medios de locomoción. Cualquier base es buena para construir la historia, siempre falsa y siempre cierta. Y los medios de transporte han influido más de una vez en la creación artística. Si Rubens no hubiera cruzando a caballo un bosque brabanzón en una noche de tormenta, es probable que no hubiese pintado la maravillosa "Cacería de Atalanta". Y digo a caballo, porque a pie no lo cruza nunca con semejanza temporal, sino que se refugia en la primera cabaña de leñadores que encuentra y quien sabe qué cuadro se le ocurre entonces. Brueghel, cuando hizo su viaje a Italia con la lentitud propia de la época, tuvo tiempo en la larga travesía de los Alpes de empaparse en el panorama montañoso que no olvidó nunca y que vivió de fondo a muchos de sus cuadros: de Amberes a Nápoles ahora, no vería los Alpes porque pasaría por debajo. El avión da una idea cartográfica, "futurista", del paisaje. En cuanto al automóvil, anula, sencillamente, toda visión, pues lo único que permite contemplar es el hipnotizante camino.

El modo ideal de ver el mundo, a la escala humana, es recorrerlo a pie... o en bicicleta, de la cual nos habla Vlaminck con entusiasmo meridional. Es un dogma que quien se ha dedicado al ciclismo en la adolescencia jamás crea barriga, lo cual sería — ¡ojalá! — un argumento decisivo en favor de la función estética de la bicicleta. Pero no es cierto, como lo demuestra mi propia triste experiencia y la de Vlaminck, a quien Béraud dedicó su "Martirio del obeso".

Más si el pedaleo no ha influido en los rasgos físicos de Vlaminck, cuya silueta es, de frente, cuadrada, y de perfil, curvilínea como la de los personajes que anidan en las tabernas de Teniers (no olvidemos que el pintor, como lo dice a gritos su nombre, es de origen flamenco), ha desempeñado un papel importante en el arte de este fundador del "fauvismo", quien atribuye

buye a sus jiras de ciclista la afición que tuvo muy luego por el paisaje y la pintura. Fue uno de los primeros cultores de la nueva máquina, en la época gloriosa de la bicicleta, cuando las primeras hazañas de Terront suscitaban el mismo entusiasmo que, treinta años más tarde, la travesía del Atlántico por Lindbergh.

"El descubrimiento del mundo — dice Vlaminck — lo hice gracias a la bicicleta. Pasaba días enteros en los caminos. Cruzaba aldeas, ciudades y campiñas, probaba el polvo, recibía la lluvia, luchaba contra el viento. La bicicleta penetraba en los rincones más recónditos y se descubrieron las fondas ignoradas y los senderos en los bosques. A la bicicleta le debo mis primeros asombros de la vida al aire libre, mis primeras delicias, mis primeras sensaciones de espacio y libertad. Con ella vi por primera vez el valle del Sena, desde Chatou hasta El Havre. Mis emociones más fuertes nacieron de esas jornadas pasadas en las carreteras, en lo alto de las colinas desde las cuales la mirada se hundía en los valles para detenerse en el techo de las casas que parecían poderse alcanzar con la mano. Y el mar..."

Y así tuvo la tentación de pintar. Más aún, sus primeros ensayos artísticos coincidieron, por extraña asociación, con sus actividades de ciclista profesional, pues para ganarse la vida — ¡400 francos semanales! — intervino en carreras de velódromo y carretera, hasta que le llamaron a prestar el servicio militar, en 1896.

Este pintor extraordinario que "amó a la pintura por ella misma, como se ama a una muchacha sin dote", salido del cuartel aprovechó los conocimientos musicales que le había dado su padre para vivir de lo que ganaba tocando el violín en orquestas de café-concierto. Mientras tanto, pintaba en sus ratos de ocio, sin soñar en dedicarse exclusivamente a la pintura, hasta que por fin, en 1910, lo descubrió Ambroise Vollard, le compró toda su producción y le abrió el camino de la celebridad que ha conquistado. Tal como pintaba en la época en que era desconocido ha seguido pintando Vlaminck. "Alzaba — dice — todos los tonos, trasponía en orquestación de colores puros todos los sentimientos perceptibles para mí. Era un bárbaro tierno y lleno de violencia. Traducía por instinto, sin método, una verdad no artística sino humana. Aplastaba y mezclaba el ultramar y el bermellón, que sin embargo eran carísimos y que me vendía a cr-rido el Padre Jarry, vendedor de colores de la esquina del puente de Chatou".

Era la época de la decadencia deplorables del impresionismo y del puntillismo. Vlaminck y Derain iniciaron la era de una pintura vigorosa, sobria, directa, plebeya, opuesta a todo lo cerebral y amanerado, que se ha dado en llamar la pintura "fauve" (fiera), verdadera pintura de bárbaros espléndidos que provocó la reacción necesaria en el organismo exhausto del arte. En los años inmediatamente anteriores al conflicto mundial, Vlaminck se codeó con el célebre grupo de Picasso, Van Dongen, Max Jacob, Apollinaire y Salmon, que vivía en pintoresca bohemia, creando ídolos y sistemas "a piacere", pero enemigo de toda fórmula, se aislaba para trabajar en pleno campo o en las inmediaciones de París, donde lo sorprendió la guerra, durante la cual trabajó en una fábrica de municiones, hasta que, cuatro años después, pudo volver a sus pinceles y creó sus obras más bellas, dedicándose casi exclusivamente al paisaje, acerca del cual hace el siguiente comentario:

"Por mucho que se disponga de una paleta rica, no se pueden tocar profundamente las cosas mirando un paisaje por la ventanilla de un automóvil, como turista, ni pasando vacaciones en algún rincón campestre. No se "flirtea" con la naturaleza: se la posee. Hasta hoy, mis entusiasmos más bellos tienen los mismos orígenes que

los de mi infancia: un sendero en el bosque, una ruta, la orilla de un río, el reilejo de una casa en el agua, un cielo con nubes negras, un cielo con nubes rosas".

Evoca las chozas de los leñadores del bosque de Hérouville, las cabañas de los obreros de las canteras del Oise "viejas paredes lavadas por las lluvias, derruidas por los vientos", "el resplandor del yeso blanco de las casitas entre el follaje y el rojo de las sobre el cielo" y así describe la esencia de su pintura, sus cuadros llenos de savia en que dominan el negro y el rojo, lo que ha hecho decir a quienes no gustan de su arte que pinta con betún y lacre. Vlaminck tiene un sentido dramático del paisaje. Esto es lo que lo distingue de otros artistas de su tiempo y de su escuela: su arte es irritado, trémulo y sombrío como una inmensa pasión. Sin refinamientos, sin amabilidad, oculta una gran ternura, la de los seres naturales ante las cosas sencillas y eternas que nos rodean. Como aquellos pintores que fundaron, hartos del taller y de la academia, la escuela de Barbizon, Vlaminck vive y crea poderosamente al margen de nuestra complicada civilización, en íntimo contacto con la naturaleza. A pesar de su abuela v de sus cajas de prestidigitación Y por obra de la bicicleta.

RECREACION DEL LENGUAJE

por Ulyses Petit de Murat

¿EN QUE DIABLOS CONSISTE LA CIVILIZACIÓN?

Si no necesidad de recurrir al procedimiento auspiciado por no sé que psicólogo (que decía que repitiendo muchas veces una palabra ésta llegaba a perder su sentido) hay una serie, entre las más usadas y aparentemente más significativas que distan de encajar en un concepto definido, instantáneamente comunicable, en cuanto se piensa en ellas un poco.

¿Qué pretende expresar, por ejemplo, la palabra civilización? Modesto erudito como soy, bastante escaso de infelios y no teniendo en mi casa aún parcos lo bastante extensas para que me hayan obligado a comprar alguna minuciosa Enciclopedia en infinitos tomos, he recurrido simplemente al tan poco jactancioso como ilustrado Campano. Para el inefable gnomo que se dedicó a reunir palabras, unas atrás de otras, con la curiosa y cómoda circunstancia de haberlas puesto por orden alfabético, la civilización es "el grado de cultura de personas o pueblos". Y añade que "la civilización moderna data del Renacimiento, siglo XV, contribuyendo a ella poderosamente el descubrimiento de la imprenta".

Sería banal todo intento en descifrar esta discreta definición, que logra mantener un tan delicado misterio en torno a la palabra que nos preocupa. No sé yo, incapaz de salir a flote con "civilización", quien se eche sobre las espaldas un nuevo fardo, el de la palabra cultura, que ha ocasionado, entre otros excesos, varios tomos del paciente alemán Spengler. Desfallezco, pues, ante el jeroglífico y me dedico a intentos explicativos quizás un poco risibles, porque son puramente personales.

Algunos seres entienden por civilización el hecho no muy convincente de que dos personas al encontrarse se pregunten por su salud, en vez de sacar a relucir sendas armas y matarse en el acto. Estos seres, asimismo, entienden por cultura el admirable procedimiento del hombre mundano, que en vez de enjugarse los labios en los preciosos cortinados de la dueña de

casa, recurre para esta acción a la servilleta.

Otros (el polo opuesto de los anteriores), creen que la civilización consiste en difundir el "control-birth", aunque la gente quiera tener hijos, en que las mujeres "se basten a sí mismas", aunque adoren la vida de hogar, en que el tránsito por las calles se haga imposible, a fuerza de tener automóviles todo el mundo. A veces no son tan pretenciosos y se conforman con que en la línea de tren que les es útil haya un servicio continuo y que su ciudad natal posea a lo menos una cárcel confortable, varias calles asfaltadas y un cabaret como la gente. Estos no se conforman con la civilización como concepto de capacidad humana para convivir. Necesitan adorar, además, a la Ciencia y a la Mecánica, así con mayúscula. Quieren rodearse de una enormidad de aparatos, so pena de sentirse salvajes habitantes del Congo belga.

En cuanto a cultura, entienden por tal la multiplicación de hombres aquejados por astigmatismo óptico, a fuerza de habers- reventado leyendo todo lo que se publica.

Y además, aquí viene el nudo gordiano del problema, que tal vez tengamos energía suficiente para romper de un espadazo, relacionan todo este concepto con una época anterior, superada. De manera que, en definitiva, la palabra civilización es impotente para seguir viviendo si no creemos firmemente en la posibilidad de un mejoramiento humano, y en un pasado oscuro y brutal.

Así la cosa se entiende más. Civilización sería andar a 50 km. por hora en vez de 40. Tener menos analfabetos que en el siglo II. Poseer camas más cómodas que las que usaban los romanos. Pensar que no deben existir asesinos del tipo de Jack el destripador. Soñar con un mundo parecido al que imagina Carlitos Charlie en "The Kid", donde hasta los violentos están provistos de su buen nar de alitas.

Ahora bien: con esta concepción, debemos declarar que aún no estamos civilizados, sino en la parte física, en lo que atañe al confort. Esto último lo

GRETA GARBO Y LA MODA

por AMPARO MOM

corroborarían de inmediato hasta nuestras posaderas, que hace rato han notado el progreso de los asentidos.

Está visto, pues, que la palabra civilización no puede andar ni dos pasos sola. En seguida se confunde con progreso, cultura, etc. A menos que se le atribuya la función limitada de definir el conjunto de las creaciones de un pueblo, o de las modificaciones que el hombre ha ido imprimiendo gradualmente a la naturaleza. Pero una acepción completa, para que la palabra funcione con soltura, se llene de sentido, no la conocemos, ni la logramos.

Ante los discursos que inauguraron usinas o vías férreas y en lo que tanto se invoca a la palabra civilización, no podremos dibujar el contorno de nin-

guna idea, como no sea el palmario convencimiento de la estupidez del orador.

Desesperados, podemos definir la civilización así: Posibilidad humana entrevista por la ingenuidad de los hombres que creen en el progreso indefinido y que por el momento, no habiéndose suprimido las crueldades, ignorancias y prejuicios que aquejan al mundo, consiste en obtener una ondulación Marcel en diez minutos y obtenida dedicarse a encontrar un procedimiento que permita obtenerla en cinco minutos y así sucesivamente, hasta que se produzca automáticamente, y luego corregir este peligroso automatismo... (continúa hasta el infinito).

Literatura y propaganda

por Cordova Iturburu

¿Será necesario replantear el problema, re- abrir la discusión? Sedientos escritores revolucionarios insisten en la insostenible tesis de la incompatibilidad del arte y la propaganda. La doctrina — se afirma, lo he afirmado yo también — impone una limitación inhibitoria al pleno juego de la fantasía y de la sensibilidad en que consiste el arte. La argumentación es falsa. No pasa de un sofisma. Es necesario subrayar su falsedad y hoy, en el peligro de nuestros días inciertos y batallados, señalar en esa afirmación la presencia del espíritu contrarrevolucionario. ¿A cuál de esos estetas fin de siglo, de esas pálidas flores de invernáculo, de esos evanescentes cautivos de la torre ebúrnea, se le ha ocurrido invalidar la literatura católica de los Claudel, los Mauriac, los Bloy, los Maritain, los Bernanos, los Cocteau? Esa literatura está, sin embargo, al servicio evidente y confesado de una doctrina cuya tiranía no admite transgresiones al dogma. Recuerdo — hasta aludí a ellos alguna vez — los escrúpulos de Dostoyevsky cuando escribía "Los Posedidos", novela destinada a ridiculizar las organizaciones revolucionarias rusas del siglo pasado. Temía el inmensurable escritor que el sentido ideológico, la preocupación polémica dominante, menoscabara el valor artístico de su novela. Y no carecía de razón. ¿No en el sentido grato a los estetas sin mácula. La novela no se frustró. Pero pudo frustrarse a no mediar el enorme talento del más hondo y arriesgado buceador del alma humana. Pudo frustrarse, por haber puesto Dostoyevsky su obra al servicio de un punto de vista político, sino por la mezquindad de ese punto de vista. Sólo hay una cosa comparable a la grandeza literaria de Dostoyevsky: la magnitud, permitaseme la paradoja, de su insignificancia política. La novela, a pesar de ella, se logró y no es indigna de que su título figure al lado de "Los Hermanos Karamazov" y de "El Príncipe Idiota".

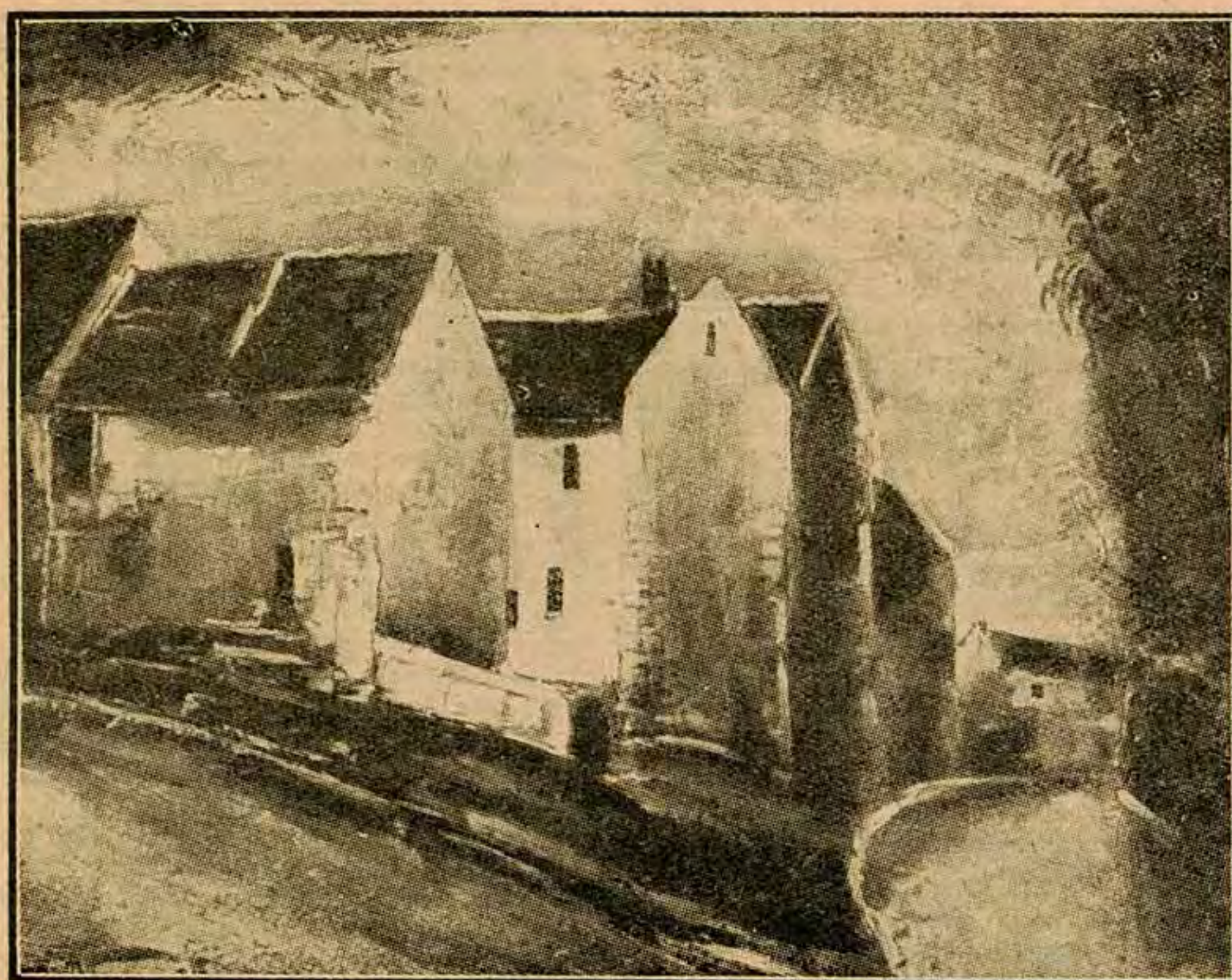
¿Qué dicen a esto los dedicados estetas? ¿Puede o no la literatura, la verdadera, la de los buenos escritores, descender al mundo agitado de las luchas políticas en que se debaten las aspiraciones más nobles y los apetitos más mezquinos? Me contestarán, lo han dicho ya, que la obra maestra al servicio de una doctrina política constituye la excepción confirmatoria de la regla. No es posible razonar más inocentemente. Sólo el olvido de que la obra

maestra es siempre, en cualquier caso, una excepción, puede sugerir tamaña tontería.

Educados en aulas y lecturas burguesas, hijos de una sociedad burguesa que hizo del arte un entretenimiento vil, refinado y decadente de fin de siglo, o una forma de mansedumbre intelectual, pudimos creer, en cierto momento, en la imposibilidad de poner el arte al servicio de una aspiración humana política o religiosa. La afirmación retórica, de notoria filiación estética, de que el arte y la propaganda se mueven en esferas que le son privativas, pudo tener validez hace cierto tiempo. Hoy no la tiene. La retórica, la regla artística, no es madrastra del arte sino su sometida primogénita. Si el arte de hoy sugiere alguna conclusión esa conclusión es la de que la aspiración revolucionaria constituye su médula. ¿No admite el mismo Paul Valéry, quintaesencia de literato burgués, que la literatura oscila entre el entretenimiento, la enseñanza, la predicción, la propaganda, el ejercicio de uno mismo y la excitación de los otros? (1).

El arte, revelación de lo mejor y de lo peor del hombre, no puede en modo alguno dejar de prestar su poderoso acento a la preocupación dominante de nuestro tiempo. El más vigoroso e interesante grupo de artistas de la actualidad, el grupo surrealista francés, ha comprendido a tal extremo esta fatalidad que exige el arte de hoy que la revista suya se denominó "El Surrealismo al Servicio de la Revolución". Y toda la nueva literatura rusa, la obra magnífica de Gladkov, de Fedin, de Piliak, de Ivanov, de Gomiulevsky, de Leonov, de los franceses Breton y Aragón, de los americanos Dreiser, Sinclair Lewis, Dos Passos, no realiza la posibilidad incomprensible para la retórica burguesa del arte y la propaganda? ¿Que no es posible conciliar el verso y el comunismo? Los versos de Mayakovsky y de Aragón demuestran la vanidad irremediable de esa negación. En "Frente Rojo", el debatido poema de Aragón, exaltación de la revolución proletaria, el empuje épico, el perdido acento con que en otro tiempo se celebró los grandes hechos y se exaltó el espíritu de lucha, ha encontrado, por fin, el tema, las palabras y el poeta que los resucitara.

Los pueblos y las razas que han sufrido, que han luchado por su afirmación, por su salvación y por su libertad, han tenido una literatura, obra de poetas y escritores portavoces



Vlaminck, paisaje

La autora de este artículo, Amparo Mom, ha difundido el seudónimo de "Marlene", revelándose como la mejor cronista de modas de nuestro país. Hoy inicia en CONTRA una serie de expresivas colaboraciones al margen de la moda.

Me refiero a la poderosa sugestión de su figura, de su expresión y a la



Greta Garbo

un símbolo. Greta Garbo se viste como un símbolo. Greta Garbo se viste de Mata Hari, se viste de Suzanne Lenox, se viste de Anna Christie. Una mujer que quisiera imitar sus toilettes se expondría al ridículo de aparecer como disfrazada de tal o cual personaje.

Sin embargo, y este es el motivo principal de estas líneas, Greta Garbo

influencia que ella ejerce sobre la moda y sobre la estética. Su imagen no sólo ha brillado como ejemplo en la pantalla. Ella ha creado un tipo y una moda en un tipo. No es la línea de sus trajes, ni la elección de sus modelos, ni la seducción de sus posturas lo que ha planteado como definitivo su molde inimitable de mujer moderna.

Así como la gran trágica Sarah Bernhardt con sus gestos alargados y sus palabras alargadas impuso su imborrable figura y marcó toda una época, hoy Greta Garbo impone con su cuerpo que no es bello y su rostro que tampoco es bello, el símbolo perfecto de lo femenino. Así considerada, Greta Garbo, es la única mujer que dentro del marco fantástico en que vive, no se viste a la moda. En su vida íntima la vemos, por ejemplo, desembarcando en el puerto de Estocolmo, su ciudad natal. Fácilmente se le podría confundir con una muchacha obrera. Su boina, aquella boina de Anna Christie, su melena lacia y una larga y simple capa que la cubre hasta el ruedo de su traje sencillo como el de una colegiada.

Los modistos, no pueden crear para ella una moda que se adapte a la vida diaria. Greta Garbo sabe que ella es

y exaltadores de sus virtudes, de sus aspiraciones colectivas, de sus dolores y de sus esperanzas nacionales. Piénsese en todos los pueblos de la historia. Piénsese en la vieja literatura judía y en la naciente literatura negra, en Claudio Mac Kay, en Langston Hughes, en Jean Toomer, en Connee Cullen, los poetas de color en cuyas novelas y poemas sollozo o se enardece el dolor y la indignación de la desventurada raza.

Los sueños, las esperanzas, los dolores de esos pueblos, de esas razas, ¿no han sido acaso los más poderosos elementos de belleza de las literaturas que han animado? ¿Por qué no ha de tener, entonces, su literatura, sus poetas, esa masa infortunada de hombres, más vasta que cualquier pueblo, más numerosa que cualquier raza, que es el proletariado internacional? Sólo no perciben esta posibilidad los enemigos de la justicia que esperan su hora, temblando de impaciencia, en el fervor de los jóvenes cuya existencia significa el mundo.

(1) Paul Valéry: LITTERATURE, Ed. Gallimard, 1930. (Pág. 111).



Dibujo de Carolyne Edmunson

que no se viste, ni puede vestirse a la moda, ha inspirado con la poderosa sugestión de su figura y de su expresión, a los más selectos y modernos dibujantes dedicados a la moda. Walter Kleff, Beghini, Bolgar, Dillys Wall, Ericson, Jean Spadea y la deliciosa Carolyne Edmunson, visten y adornan



Dibujo de Dillys Wall

con su lápiz y con las creaciones de los más grandes modistos, la típica expresión de la mujer del siglo: Greta Garbo.

UN CAPITULO DE NOVELA

(De la novela "Casamiento" en preparación)

Martoz, luego de dejar sobre la mesa una moneda de veinte centavos, importó de la taza de café que había bebido lentamente, haciendo tiempo, echó una última mirada al reloj del salón, que en ese momento empezaba a sonar la primera de las once campanadas y salió encaminándose resueltamente por la calle Santa Fe, en dirección al norte.

El tráfico era abundante, más por el calor y la inmovilidad absoluta de la atmósfera que por razón práctica alguna que lo justificara, tanto que, entre los muchos vehículos, podía verse de tiempo en tiempo que alguno, si bien como todos llevaba la capota baja, hacia que ésta sirviera de asiento a los pasajeros, los cuales usando como atavío sacos pijamas a rayas o de colores diversos en tonos suaves, pasaban sobre aquéllos cantando o simplemente demostrando con sus gritos y palabrotas la hostilidad que su lugar en la capota del automóvil acentuaba hacia los peatones o las personas que sentadas a las puertas de los cafés y las lecherías bebían cerveza o sorbían helados.

Martoz llegó a la esquina de Coronel Díaz cuando el reloj de la fábrica de cerveza en esa esquina, marcaba las once y cinco minutos y dobló a la derecha, buscando la oscuridad que era más propicia a su estado de ánimo y a los temores que abrigaba esa noche. Carmen le había dado cita para las once y si bien en la conversación telefónica sostenida por la tarde ella había negado la posibilidad de salir a recibirlo a la puerta de calle, anunciándole que sólo se asomaría a la ventana para cambiar algunas palabras, el tono de aquella conversación, que ella había querido hacer patético atribuyendo al incidente de la noche anterior una mayor importancia de la que tenía en realidad — tal vez debido a que teniendo a aquel motivo que ocasionaban sus diarias contrariedades, venía a no estar exageradamente valorado — había dejado entrever a Martoz que la ocasión era bien propicia para sacar de ella mayores concesiones que las habitualmente otorgadas por Carmen y si bien no reconocía en ese pensamiento ningún plan malo — pues sobre todas las cosas él colocaba siempre la seguridad de su pasijero sincero por la muchacha — esperaba al menos ir más lejos en aquella lenta posesión que eran sus relaciones con Carmen Pérez y que representaba para él lo que debía considerarse como una realización perfecta del amor, en el que el matrimonio como convención social no ocupaba mayor lugar que el incidente de escribir un billete y hacerlo llegar subrepticamente a manos de la amada o el placer de deslizar por primera vez la mano bajo el escote del vestido y rozar el nacimiento de los senos.

Reflexionando sobre las cosas que él podía presentarse y buscando construir una anticipada solución optimista a aquellas, siguió por Coronel Díaz hasta Beruti y luego, aprovechando la sombra que proyectaban los árboles sobre la acera, que era como borrar cuanto de azaroso hubiera en esa marcha preliminar al encuentro, continuó hasta la esquina de Salguero, donde se detuvo a observar.

La casa de los Pérez era visible apenas bajo la sombra de los plátanos y la luz escasa contribuía a disminuir el efecto de las cosas, adelantando entonces resuelto, dispuesto a que, en el caso de no estar Carmen en el balcón, seguiría directamente hasta la otra esquina de modo que la interrupción de sus pasos, si estos fueran oídos, no dieran motivos a sospecha ninguna si era que por alguna circunstancia los de la casa no se habían retirado aún a dormir, impidiendo en esa forma a Carmen cumplir con su promesa de la tarde.

Poco antes de llegar al balcón divisó una sombra en este, revelándole así que ella había estado esperándolo, no obstante lo cual siguió su marcha sin disminuir el paso y diciendo apenas un "ya vuelvo" que tal vez solamente él oyó, deseoso de que el centinela de la Penitenciaría, que en ese momento pasaba lentamente por lo alto del muralón, tan ajeno a cuanto ocurría a su alrededor que de su obligación de centinela podría decirse no conservaba más que lo mecánico de trasladarse regularmente de un extremo a otro y su función oficial de tal, no se enterara del verdadero objeto de su paso y lo tomara a su regreso, si aun estaba en ese lugar, como a un nuevo peatón.

Dos minutos después volvió Martoz sobre sus pasos, bien armado a las paredes de las que buscaba las sinuosidades y relieves como queriendo confundir su cuerpo con uno de ellos y se detuvo solamente cuando estuvo frente al balcón en el lugar mismo en que la sombra del tronco de un árbol hacia la visibilidad menos posible. Carmen había abierto una de las hojas de la celosía y estaba sentada sobre el marco de madera de la ventana, de modo que su cuerpo era apenas visible, aún para Martoz que estaba tan próximo a ella. Contra lo que suponía Martoz, Carmen estaba resuelta a no salir a la puerta de calle, no porque no fuera ese su deseo, sino que adivinada por su madre, que ese día había estado más nerviosa, y fastidiada que de costumbre, habiase acostado antes que ella y temerosa de ser oída al volver a vestirse estaba allí cubierta tan sólo por las prendas habituales de dormir y por un chal con el que protegía sus hombros desnudos. Esta circuns-

RICARDO M. SETARO

tancia vino a destruir lo mentalmente preparado por Martoz, quien, aunque había supuesto la existencia de inconvenientes, con ayuda de su optimismo habíalos ido descartando al par que imaginaba los hechos a ocurrir — arreglándolos más de acuerdo a sus deseos que a las posibilidades lógicas — y los había dejado olvidados, por lo que se le presentaban ahora como insalvables, pues no tenía contra ellos ningún proceso mental hecho, lo que le exacerbaba hasta ponerle violento. Fue así como, confiando en que la audacia pondría a Carmen de su parte, no por conquistarla, sino venciendo la por el temor, saltó el balcón y antes de que ella hubiese comprendido con alguna precisión lo que ocurría, se encontró a su lado, dentro de la sala. Durante más de un minuto permanecieron extremadamente inmóviles, haciendo el menor ruido posible y escuchando atentamente, por si había sido oído, a tal punto que esa misma sensación indescriptible que es la de lo que se siente en los momentos en que el silencio es mayor hasta el extremo de parecer que se oye el silencio y éste adquiere un carácter tan distinto al no haber nada de ruido como ocurre con la visión, en que, estando todo a oscuras y con los ojos cerrados, vemos infinitas luces, parecían aquel una serie continuada y bien definida de pasos o voces que se les aproximaban.

ALGUNAS OPINIONES QUE EXPLICAN ALGUNAS ACTITUDES

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

CUANDO tenía catorce años comencé a leer a Marx y a Engels. A los veinte años los olvidé, alucinado por la obra y la vida literarias. Después de viajar por Europa, y de vuelta a mi país, hace tres años, me entregué con fervor a la tarea de recordar lo leído y comprenderlo mejor; a la tarea de leer a los nuevos maestros y a la de hacer propaganda, desde "CRÍTICA" y algunas revistas, a favor de Rusia y del leninismo, que es el marxismo aumentado y corregido. Hablé, y hablo, desde el punto de vista de un intelectual joven. En mis veinte últimos artículos he demostrado que, más o menos, estoy dentro de la realidad.

HAY gente que, de tener que decidirse entre comunismo y fascismo, se decidiría por el fascismo. Esta gente forma en los partidos socialistas amarillos, demócratas, radicales y apristas que abundan en Sud América. (No me refiero a las masas sino a los dirigentes).

DEL llano al gobierno hay un paso. Del aprismo al aprifascismo, hay un paso también. ¿Qué han hecho los radicales en la Argentina sino cimentar la reacción? Los partidos llamados de la clase media, tienen forzosamente que recostarse en la llamada clase alta.

UNA polémica termina cuando uno de los colegas se convence — como decía Lenin — que casi siempre las discusiones son inútiles y que no se trata de perder el tiempo ahora. Y toda discusión es inútil si está en juego la sensibilidad, y entre yo y algunos camaradas hay una diferencia de sensibilidad. Ya he dicho que no pretendo inventar el paraguas y pasar por un marxista ortodoxo. Ya he dicho que soy uno de los que anuncian lo que vendrá. Porque intuyo, porque comprendo que esto, tarde o temprano, se producirá del todo, y que hay que ir a otra cosa y que el único camino posible es el del comunismo.

HAY proletarios y burgueses, y yo estoy con los proletarios, sino por mi cultura y mi condición de periodista, por, enténdase, por MI MENTALIDAD REVOLUCIONARIA.

El ruido de un tranvía que se acercaba hizo que Carmen cerrara precipitadamente la ventana, pues de estar esta abierta cuando aquel rodara frente a ella el ruido sería mayor y si alguien estaba escuchando comprendería que la sala no estaba cerrada, como era costumbre a esa hora, y vendría a indagar. Pasado el tranvía Martoz comprendió que su situación era más peligrosa aún de la peor que él hubiera imaginado y que si alguien viniera en ese momento a sorprenderlos, su fuga era más dificultosa, con el agregado de que, aun de no ser atrapado allí, no podría hacerla sin ruido, pues había que abrir la ventana, saltar y luego volverla a cerrar.

No obstante se tranquilizaron y Carmen aceptando lo ocurrido como irremediable, propuso que se sentaran, para evitar cualquier posibilidad de hacer ruido, pero de ello tuvieron que desistir bien pronto, pues al dirigirse hacia el sofá que estaba a un costado de la sala, Martoz tocó una silla que con sus patas hizo un leve ruido, no oíble por nadie de la casa que no hubiera estado acechándolo, pero que a Carmen y a Martoz se les antojó como estruendos y por un momento se quedaron en suspenso, abrazándose mutuamente, hasta que Martoz recuperó la tranquilidad, menos por creer que el ruido no habíase oído que

Y hay otros también que, aun siendo proletarios, pertenecen a la parte de la burguesía porque SU MENTALIDAD ES BURGUESA.

TRIUNFANTES los partidos de la llamada clase media, aljarán la Revolución. Por eso, los escritores jóvenes no debemos pertenecer a tales partidos. La posición ideal de un escritor valiente, es esta:

1.º Si cree que vivimos en un país semi-colonial, esperar a que la Revolución se extienda a Inglaterra, Francia, Alemania. Entonces será fácil ponerse en el ritmo. Mientras tanto, debe hacer propaganda desde el libro, el diario, la revista, la calle, para tratar de crear una conciencia colectiva revolucionaria.

2.º Si cree que la Revolución es posible en Sud América, afiliarse al Partido Comunista y luchar por la Revolución.

Yo estoy ahí, en donde esos dos caminos se abren.

Confieso con honradez que me inclino a elegir el primero, a causa de haber leído lo que sigue, con lo que estoy perfectamente de acuerdo: "La insurrección armada es el único medio de derribar la dictadura del Capital y su "comité ejecutivo", el Estado Burgués, y de dar el poder al proletariado. No se debe jugar con la insurrección armada; para salir victoriosa debe ir precedida de una "situación revolucionaria". Ahora bien, el que esto escribe es D. S. Mirsky, y agrega: "Esta afirmación general puede que necesite ser modificada tan pronto como la Revolución haya transformado los principales Estados en Repúblicas Socialistas. Entonces y no antes, las naciones secundarias pueden convertirse sin violencia en Repúblicas proletarias".

EN cuanto al artista, creo que debe servir a la idea de Revolución como lo hacen John dos Passos, Luis Aragón, George Grosz, Frans Maserel, André Malraux, Leonidas Leonov, y otros. Si no lo hace, que su actitud, en la vida, sea por lo menos, revolucionaria, hasta que la justicia se abra paso.

por el hecho casi inconciente de constatar cuando había abrazado a Carmen que oprimía tan de cerca sus carnes, separadas de sus manos por la continuidad de una tela tan tenue que la falta de visibilidad hacia aun más inmaterial.

Continuaron de pie en la misma postura durante un lapso de tiempo que pudo ser de segundos o de minutos, tan faltos de referencias auditivas o visuales estaban y recién se movieron cuando, con la llegada de un nuevo tranvía comprendieron que era más difícil que fueran oídos y se sentaron en el suelo, sobre unos almohadones que Carmen había puesto allí para proteger sus pies desnudos mientras esperaba a Martoz.

Carmen tenía las mejillas aun humedecidas por las lágrimas que volvieron a correr por ellas mientras, con la voz más tenue que le era posible articular, relataba a Martoz el incidente que le había ocasionado aquella congoja, el cual, si bien aisladamente no parecía tener gran importancia, como decidió Martoz, tenía mucha para ella que lo sumaba a los muchos diarios que habían venido, desasosegandola desde que conoció a éste y se había empeñado en aceptar su amor contra la voluntad manifiesta y ostensible de la Señora Pérez, pero a poco, desvanecidas sus preocupaciones por las protestas optimistas de Martoz, que volvió a asegurarle la inminente solución de sus quebrantos económicos que harían factible el ansiado casamiento, se encontraron faltos de tema que mereciera hablarse y sin otra comunicación que no fuera la de las caricias que ciertamente Martoz, ayudado por la imposibilidad de Carmen de deshacerse de él, por no hacer ruido y ayudado por la complicidad de la oscuridad, hacia mayores y más audaces. La intimidad que los unía, que se había formado en ellos tan lentamente, a través de los muchos meses que llevaban viéndose casi a diario, dejaba en Carmen una sensación de que ciertos actos, que de haberlos cometido Martoz bruscamente la hubieran horroizado por insospechables, eran perfectamente normales entre quienes se amaran y los consideraba como un anticipo o conocimiento anticipado de la felicidad que esperaba a quienes se casaran, por lo que aceptaba que todas sus amigas y conocidas lucharán desesperadamente por hacerlo; pero en ese momento, imposibilidad de ver nada por la profunda oscuridad que los rodeaba, tuvo la sensación de que algo desacomodado había en las insistencias de Martoz, bien que en ella eran más potentes los deseos de cohabitación con el hombre de que se le revelaría algún bello misterio ni siquiera soñado, que de reaccionar y poner fin a aquella entrevista. No sabía por qué en aquel momento venían a su mente así esternas en las que relucientemente figuraba una casi olvidada amiga, ataviada con los emblemas nucleares, en cuyos ojos había una expresión mezcla de dolor y de placer, que ella imaginaba sentir ahora y una línea de luz, como lejana, por la que un ruido como un ser se aproximaba amenazante. De pronto sintió que Martoz no estaba allí, vio una claridad en el lunar de la ventana y una sombra fúnebre y un instante después la línea de luz que antes había creído soñar arrandarse hacia formar un cubo que cubría todo el marco de la puerta de la sala y vio a su madre allí, que la miraba interrogativamente.

Martoz, mientras tanto, después de haber saltado la ventana al oír que unos pasos se acercaban a la sala donde él estaba con Carmen, había corrido lo más velozmente posible hasta alcanzar la esquina de Beruti y luego, a nado rápido, había seguido hasta Coronel Díaz, deteniéndose unos metros antes de llegar a la esquina donde se dijo caer, extenuado, sobre el mármol del único pedáneo de una puerta. Estaba sofocado, transpiraba abundantemente y sentía un dolor tan grande en las piernas hasta alarmarlo, pues si bien comprendía que el salto brusco y la carrera habían sido un violento ejercicio, no adivinaba el último de la intensidad del dolor en la unión de los muslos con el tronco, dolor que venía acompañado de una como somnolencia que no era precisamente sueño, sino algo como un peso de un vo extraño que se hubiese situado al otro, al suyo que estaba cansado de correr.

Así estuvo unos segundos, minutos tal vez, la mente confusa o imaginando cosas absurdas, como que las estrellas estaban todas mirándolo o que su cuerpo de perfil era el mapa de la República Argentina, en que las piernas venían a ser la Patagonia, exageradamente echada hacia adelante y la Provincia de Buenos Aires era su vientre, un vientre burgués que él no tenía, y veía a Misiones, especie de puño amenazando al Brasil, subir y bajar por sobre aquel territorio invadido por un brazo musculoso que articulaban Corrientes y Entre Ríos. Veía el océano encresnado avanzarse y quedar convertido en una llanura blanca, apenas móvil, gelatinosa. Y luego pensó en el centinela de la Penitenciaría, vendiendo, viniendo, y en Carmen, que ahora veía como un rato antes la había palado, tibia, gimiendo bajo sus labios húmedos. Y sintió su cuerpo que temblaba, pero esta vez no vio el hilo de luz que lo hizo huir y la voz de la señora Pérez fue recuerdo en su oído que se había con un exterior de placer doloroso y esteril.

LAS SOMBRAS

por Enrique González Tuñón

La sombra es la esclava negra de todos los tiempos. Su esclavitud nació con el primer hombre. Es la eterna ofendida, la siempre humillada unida al yugo como en la remota edad inicial.

El hombre lleva a su sombra sujeta con imperdibles. La deforma, obligala a seguirlo pegada a las paredes o arrastrándose sobre el pavimento.

¿Hasta cuándo la sombra seguirá sumisa los pasos y las pausas del hombre?

Si las sombras se unieran formando un compacto grupo oscuro, un muro inatacable, el hombre no tendría más remedio que concederles ciertas prerrogativas. ¿Qué tragedia ocurriría si las sombras se negaran de plano a seguir al hombre y los hombres marcharan por el mundo sin sombra!

La inocente sombra, movable trozo de noche, es la cenicienta de la tierra. Es la pared contra la cual se estrella la disculpa de todos los yerros humanos.

No hay canalla que no diga: "¡Por culpa de mi mala sombra!"

No hay mujer sulfurada cuya iracundia conyugal no se resuelva en un grito: "¡Vete de aquí, mala sombra!"

El hombre inferioriza a la sombra, supeditada a todas sus actitudes. La sombra es obscura, o canalla, o ruin, porque en ella están todos los vicios y las virtudes del hombre.

Escribo para las sombras. Soy el agitador de las sombras. Mi sombra se sentirá feliz conmigo aun en la lóbrega pocilga donde se encierra a los agitadores de ideas.

La semilla sembrada germinará algún día. Al revés de lo que sucede entre los hombres, en el país de las sombras no existen diferencias de color ni de raza. La sombra del negro, del chino, del cobrizo, es igual a la sombra del blanco.

Quizás sea la sombra el Hombre Increado. El primer borrador de Hombre con que entretuvo Dios su ocio divino. Y como nada en el mundo que sea obra de Dios se pierda, cada hombre marcha con su borrador, con su intención de hombre, con su esclavizada sombra.

LA SOMBRA COBARDE.

Era una sombra cobarde y feroz. Era la sombra de un policía.

LA SOMBRA DEL DELINCUENTE.

Era un asesino múltiple. Una fiera perseguida por la justicia. Vivía solo y únicamente su sombra — la pobrellita sombra perdida por la mala junta — compartía su aventura criminal.

¿Qué otra cosa iba a hacer la sombra? ¿Abandonar al asesino a su negra suerte?

Prejuicios milenarios ataban a la sombra a su dueño absoluto. Seguía en todos sus delitos. Con él penetraba en la alcoba dormida; violaba las cajas fuertes; trabucaba caminantes. El ademán del hombre que hunde su cuchillo o hace fuego a quemarropa, era su propio ademán.

Un día, la fiera desprevenida fué acorralada. La policía, pisándole los talones, iba a echarle mano y el asesino, quemando el último cartucho desapareció por un corredor con tal desesperada precipitación que al cerrar la puerta quedóse su sombra a merced de los perseguidores.

La sombra fué capturada y el asesino huyó. La interrogaron a palos; le aplicaron tortura inquisitorial; encerráronla en calabozo estrecho como ataúd.

La sombra no dijo esta boca es mía. Fué una sombra fiel hasta el sacrificio.

El asesino sin sombras abandonó el país de sus fechorías y fué al otro lado del mar. La nostalgia de su sombra laceraba su corazón. Recordábala a cada instante; sufría penurias sin cuento al ver a los demás hombres marchar felices con su sombra y se preguntaba:

—¿Qué habrá sido de ella? ¿La habrán ajusticiado o se hallará en presidio? Mas tarde supo la verdad. Y como el remordimiento no lo dejaba en paz, volvió a su país y presentándose ante la justicia, dijo:

—Yo soy el asesino. Vengo a buscar mi sombra y a purgar mis crímenes.

El asesino fué encerrado en el calabozo es-

trecho como ataúd donde se hallaba su sombra fiel.

LA SOMBRA BURLONA.

Era una sombra humorística. Una sombra con sentido grotesco de los hombres y las cosas. Como es natural, pasábale los días burlándose del hombre. Hasta que el hombre, irridadísimo por las burlas de su sombra, hecho un enérgimo, decidió matarla y se levantó la tapa de los sesos.

LA SOMBRA SIGILOSA.

Era la sombra husmeadora. La sombra hipócrita y malvada. Andaba con paso cauteloso; deteniase detrás de las puertas; observaba por los agujeros de las cerraduras; procuraba adueñarse de todos los secretos y rara vez caminaba a la luz del sol. Era la sombra que buscaba la complicidad de la noche. Era la sombra del sopión, del canalla que vende a sus compañeros; la sombra del traidor.

LA SOMBRA DEL COJO.

Era la sombra del hombre predestinado a morir en un accidente de tráfico. En esa mitad de hombre que pasa rodando se acentúa terriblemente la injusticia que padecen las sombras. ¿Qué culpa tuvo la sombra del descuido de ese hombre que se dejó cortar las piernas por un tren, para que a ella también le cortaran las suyas?

He ahí un triste ejemplo del egoísmo humano. Ese hombre sin piernas exigió que a su sombra la dividieran por la mitad.

LA SOMBRA QUE SE NIEGA A MORIR.

El hombre agonizaba en juventud. Administráronle los santos sacramentos y ya daba la última boqueada cuando una voz misteriosa

Romance de la niña y el viejo

por LUIS CANÉ

A cierto marido que es varón mentira, —por la ley esposo, más no por su hombría,— ya que no consuelo, razones le dicta para resignarlo, mi sabiduría:

Si para casarte con pintona niña, —ella de quince años, tú de siete vidas,— vestiste de zorro tu vigor gallina, fingiendo abundancia de tu carestía: te engañaste, amigo, porque en estas riñas, aunque valen vainas, más vale cuchilla; pues no es apariencia lo que necesitas de varón en cama, mujer en camisa.

Preso en tus deberes, no en tu amor cautiva, la niña a tu lado volvióse amarilla; que en sus desveladas noche sin fatiga, tú eras lo contrario y ella siempre viva.

Mas, llegó el amante que llega algún día para las esposas que de amor suspiran... Orgullosa y firme, la tuya quería cumplir los deberes que jurado había; mas, como en tal trance

le produjo un extraño sacudimiento. Era la voz de la sombra que decía:

—¡Por qué he de morir contigo si estoy en la flor de la edad! ¡Yo no quiero morir!

Pero el hombre implacable llevó consigo su sombra al sepulcro.

LA SOMBRA APALEADA.

Cada vez que estallaba una disputa doméstica, indefectiblemente, el hombre llevaba su ración de palos. Y con él, su sombra. La infeliz sombra apaleada por la sombra de la mujer irritada.

LAS SOMBRAS EN EL CAMPO DE BATALLA.

En el fragor de la lucha, cuando los hombres, miserables topos enloquecidos, hunden sus cabezas en el fango ensangrentado para no ver reventar las granadas, estrellas malditas, las sombras se arrastran con ellos, rozan las alambradas, arañan desesperadamente la tierra, se retuercen en los estertores de la agonía.

Los guñapos humanos gimen entre el barro y el resplandor rojizo de la tragedia bárbara ilumina en la noche montañas de cadáveres.

Los hombres han dejado de serlo. Son sombras de hombres. La guerra cruel, inconcebible, produjo el trágico desdoblamiento. Las sombras se confunden con los hombres ciegos que en la oscuridad del campo de batalla viven una pesadilla de espanto.

Después que los cañones cesen de vomitar fuego, los hombres, los miseros sobrevivientes, continuarán siendo desdichadas sombras de hombres.

LAS SOMBRAS DEL CIRCO.

Cuando la trapezista de la malla rosa se desnucó los espectadores del circo continuaron con la mirada fija en el trapezco donde se balanceaba la sombra con su malla negra.

Dios puede recordarse a cada instante con sólo suponerlo con nosotros. En el fondo, Dios no es más que la justificación del egoísmo — palabra ésta tan torturada por los escritores de calibra Gálvez y Martínez Zuviria. Porque el egoísmo no es sino la dignificación del "yo", nuestro Dios particular.

El hombre que abandonado a su angustia levanta al cielo los ojos agobiados de lágrimas y advierte que su alma está limpia de rencores, no está solo: su Dios está con él.

El Dios de los católicos es un Dios "standardizado": el rito, la ley escrita, la campana metodica, le recuerdan su "obligación". Así se diferencia del Dios del hombre bueno, que sabe reír y llorar con él.

En catolicismo, el impulso debe ser reprimido según las circunstancias, sin averiguar su voltaje de sinceridad. Y sin embargo, Dios está en todo impulso sincero, porque Dios nos obliga a mostrarnos tales como somos, sin necesidad de decorado, y a veces a pesar del decorado.

Probado está que el hombre no necesita del catolicismo para sentir el bien con equilibrio: basta que su Dios instintivo anide en su íctimidad.

Otro error del catolicismo, acaso el más grande: la absolución de los pecados. ¡No perdonemos pecados! Pergunmoslos interiormente, dulcemente, bañando el alma en cada expiación, y nos sentiremos como lavados por la mano de Dios. (En este sentido los católicos lo arreglan todo con la hostia, que viene a ser algo así como el "Neolaxan" de los pecados pequeños).

Dios no es, no puede ser, esa vaga esencia que quieren fijar — sin lograrlo — los católicos. Dios es forma y esencia, porque de esencia y forma está edificada la creación, y Dios no puede ubicarse fuera de ella sin anularse.

Un niño recién nacido, aunque no haya recibido los auxilios del bautismo católico, es un mensaje de Dios que, según Tagore, nos dice: "Aún espero algo de vosotros". Nada más demagógico que ese pájaro que canta ruidosamente al aire del día, en el follaje de los árboles; pero nada ni nadie más convencido de la existencia de Dios que ese pájaro.

"Las bestias no tienen alma" —objetarán los católicos. Pero ¿cuántas veces el hombre no ha distinguido el maravilloso perfil de la Divinidad a través del alma nítida de las bestias?

LA SOMBRA DEL PAYASO.

Es la sombra que hace reír, la pobre sombra que recibe las bofetadas.

LA SOMBRA DEL ASESINO.

El hombre la amaba hasta el paroxismo y una noche, temiendo que pudiera ser de algún otro, hundió la afilada hoja del puñal en el albo cuello de la espléndida adolescente que se había entregado entera a él. La sombra lloró con el hombre el horrendo crimen y lo acompañó a presidio.

Cuando el asesino cierra los ojos para no ver a la adolescente con la boca roja que le abriera en la carnosa garganta; cuando se cubre el rostro espantado y una voz suave murmuraba a sus oídos:

—Era sola tuya... Te quería, chiquito... ¿Qué has hecho, mi amor?...

La sombra, que no la ve ni la escucha, se deja caer de hinojos junto a los barrotes de la celda esperando que un día vuelva. Pero la amada está en la muerte y en el remordimiento del asesino.

DIOS Y EL CATOLICISMO

por Vicente Barbieri

Dios no necesita más que un hermoso paisaje, un pensamiento exacto, una emoción neta, vale decir: la verdad, para manifestarse. El catolicismo necesita del decorado, el candelabro, la misa de ambiente propicio a la sugestión fácil, esto es: el sofisma.

Nada más apartado de Dios que el católico. Un hombre que rotura la tierra, cubierto de sudor y de blasfemias, podrá no ser un católico; pero Dios guía su mano. El sacerdote que levanta el cáliz simulando un milagro inútil, es indudablemente un católico; pero Dios le ha abandonado.

Dios puede recordarse a cada instante con sólo suponerlo con nosotros. En el fondo, Dios no es más que la justificación del egoísmo — palabra ésta tan torturada por los escritores de calibra Gálvez y Martínez Zuviria. Porque el egoísmo no es sino la dignificación del "yo", nuestro Dios particular.

El hombre que abandonado a su angustia levanta al cielo los ojos agobiados de lágrimas y advierte que su alma está limpia de rencores, no está solo: su Dios está con él.

El Dios de los católicos es un Dios "standardizado": el rito, la ley escrita, la campana metodica, le recuerdan su "obligación". Así se diferencia del Dios del hombre bueno, que sabe reír y llorar con él.

En catolicismo, el impulso debe ser reprimido según las circunstancias, sin averiguar su voltaje de sinceridad. Y sin embargo, Dios está en todo impulso sincero, porque Dios nos obliga a mostrarnos tales como somos, sin necesidad de decorado, y a veces a pesar del decorado.

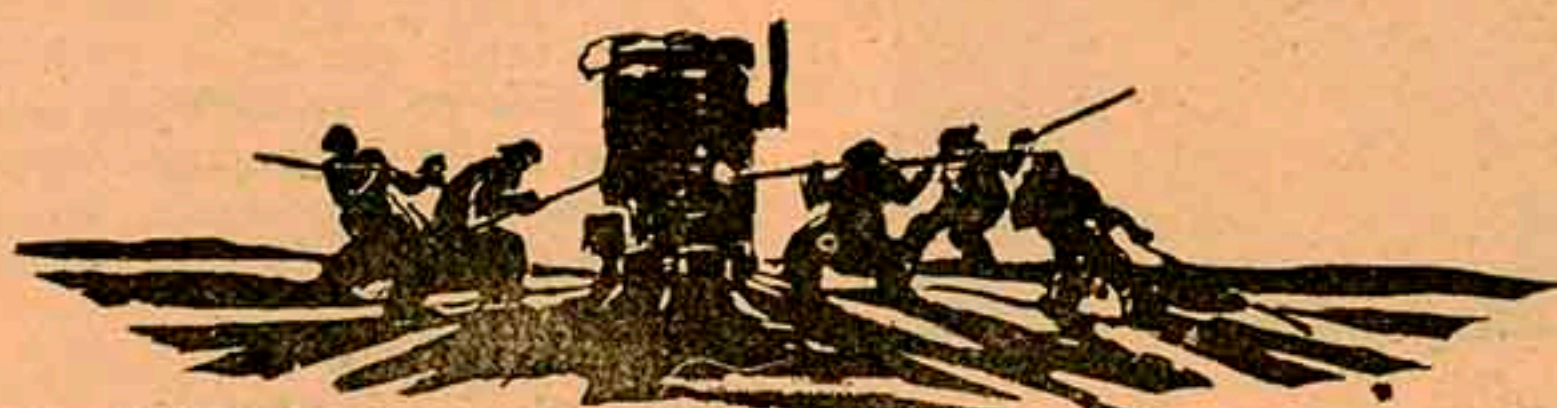
Probado está que el hombre no necesita del catolicismo para sentir el bien con equilibrio: basta que su Dios instintivo anide en su íctimidad.

Otro error del catolicismo, acaso el más grande: la absolución de los pecados. ¡No perdonemos pecados! Pergunmoslos interiormente, dulcemente, bañando el alma en cada expiación, y nos sentiremos como lavados por la mano de Dios. (En este sentido los católicos lo arreglan todo con la hostia, que viene a ser algo así como el "Neolaxan" de los pecados pequeños).

Dios no es, no puede ser, esa vaga esencia que quieren fijar — sin lograrlo — los católicos. Dios es forma y esencia, porque de esencia y forma está edificada la creación, y Dios no puede ubicarse fuera de ella sin anularse.

Un niño recién nacido, aunque no haya recibido los auxilios del bautismo católico, es un mensaje de Dios que, según Tagore, nos dice: "Aún espero algo de vosotros". Nada más demagógico que ese pájaro que canta ruidosamente al aire del día, en el follaje de los árboles; pero nada ni nadie más convencido de la existencia de Dios que ese pájaro.

"Las bestias no tienen alma" —objetarán los católicos. Pero ¿cuántas veces el hombre no ha distinguido el maravilloso perfil de la Divinidad a través del alma nítida de las bestias?



Más allá de la perspectiva

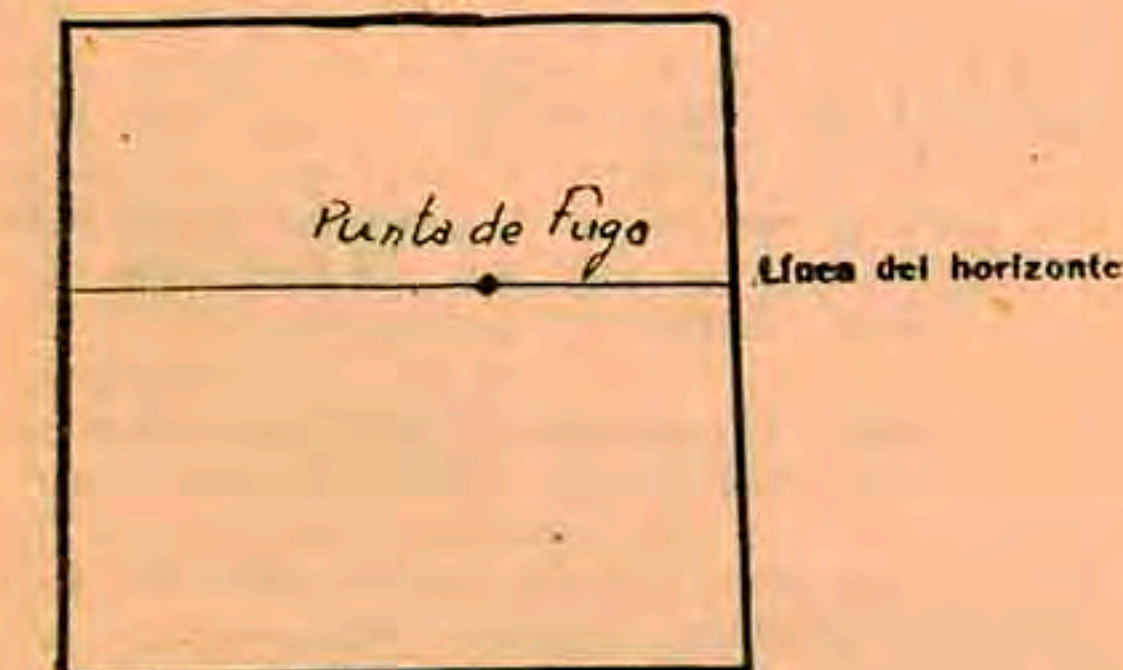
por Leonardo Estarico

"Arte que enseña el modo de representar en una superficie los objetos, en la forma y disposición con que aparecen a la vista".
"Pre-spectiva (Pro-spectiva — Per-spectiva) es el objeto de corporeidad, de alejamiento. Es un notable aspecto de la naturaleza o del arte. Es el trazado geométrico que hace el pintor en su cuadro. Es un asunto de arquitectura. Es problema al que la Geometría, la Óptica y la Estética prestan sus coeficientes".

ACLARACION.

No se arredre el lector ante este exordio que tomo en préstamo del Diccionario de la Academia y de una cartilla de la que es autor el señor Marín Magallán, no tema y avance desprevenido en la lectura.

Eludiré citas engorrosas, pues no es mi ánimo dictar una cátedra de perspectiva, sino que aspiro destacar algunas nociones de ella que ayudarán a la mejor comprensión de la cosa de arte. Socórrame en la emergencia el gráfico que ilustra esta nota.



Entre los varios elementos que constituyen la realización artística nadie cesará discutir el derecho de prioridad que corresponde a la ciencia que inspira mi tema. Pero prioridad no significa omnipotencia, por no haberse comprendido bien este aserto, la pintura ha perdido durante muchos años su libertad de acción, se ha retrasado en la posesión de un lirismo propio, fin esencial del arte.

En su aión de prepotencia, e inmiscuyéndose en otras ramas del humano ingenio, redujo, por ejemplo, la historia a una simple enumeración de hechos, contemplados en su simple cronología. La poesía misma no ha podido sustraerse a su influjo. El soneto es, en su construcción, una perspectiva con su punto de fuga en el último verso.

ACLARACION SEGUNDA.

Repito que no interesa analizar ahora todas las fases ni problemas de la perspectiva en sí, sino la mayor o menor ingerencia que esta ciencia, porque es toda una ciencia, ha tenido a través de las edades, en la estructuración estética. El hombre pre-histórico con una intuición sorprendente, presentaba ya su existencia. En las pulidas rocas de la Rhodesia la expedición Frobenius halló grabados que asombran por su belleza. En las reproducciones he admirado el ingenio, el asombroso ingenio, con que se ha resuelto la representación en una superficie plana de objetos situados en diversos términos. Indudablemente que en el primer gráfico que el hombre trazó estaban ya los esbozos de una perspectiva.

TEMA.

Un comentarista de arte — a buen seguro pasatista — Vitruvio (88 a. J. C.) cuenta que los pintores hacían concurrir en un punto, las líneas principales. Y, refiriéndose a los escenógrafos, se despatcha así: "Perspectiva es una cuerda y un clavo, acentúan la importancia práctica del trazado de rectas concurrentes".

Esta somera receta se perfeccionaría más adelante, pero queda definido bien claramente el propósito de tal ciencia. Engañar al espectador. Encañifa bruda y trivial, ineludible en toda representación plástica.

LA LECCION DE LOS PRIMITIVOS.

Debe parecernos perfectamente lógico que, cuando sus reglas eran vagas e imprecisas, hombres de genio se aplicaron a su descubrimiento e investigación. Era un enigma a descifrar, y todos los enigmas son atractivos. Allí, entre el 1400 y 1430, un florentino cuyos restos descansan en Santa María Novella y que en los anales del arte llaman Pablo Uccello consagró su vida, con un entusiasmo

que llamaré frenético, a la tarea de resolver sus más intrincados problemas. Este entusiasmo convirtió en obsesión, y la obsesión destruyó el aplomo mental del divino Uccello. Sin embargo este sometimiento perspectivístico no impide que sus obras parezcan de inspiración angelical.

El conocimiento de las reglas permitía a estos artistas violarlas a su antojo, y, así vemos al Giotto, a Fra Angélico, pintar un pájaro, o un hombre de tamaño mayor que una casa o una ciudad, cuando a ese pájaro o a ese hombre asumían el rol protagónico del tema. Este dominio de la especialidad les permitía las mayores libertades y sabían sacrificar al equilibrio del color, de los ángulos, en fin, del ritmo del cuadro. Siempre se entiende en una subordinación plástica y no literaria como algunos críticos han pretendido inducirlo. Representa una excelente definición la de Soffici "Perspectiva psicológica" a este género de interpretación. Aún más, refiriéndose a los mismos primitivos y a la perspectiva, dice M. Denis: "El primitivo conoce los objetos con su inteligencia como otras tantas unidades distintas, y las clasifica invariablemente en el mismo plano, el plano de su conocimiento. Luego la perspectiva considera los objetos según la imagen que nuestro aparato visual proporciona. Si se sabe que hay treinta casas, dos plazas públicas y tres iglesias, cerradas por una muralla, en la vieja ciudad, la perspectiva no puede significarle claramente por la pintura. Hay un conflicto entre la visión intelectual y el aporte de los ojos."

El primitivo no vacila. Realiza una especie de vista cavallera, sitúa una encima de otra, las treinta casas, las dos plazas, las tres iglesias, y rodea el todo de una muralla. Prefiere la realidad a la apariencia de la realidad. En lugar de conformarse a las deformaciones de la perspectiva que no interesan a su ojo virgen, conforma la imagen de las cosas a la noción que tiene de ellas."

Si no me conforman las conclusiones, es indudablemente un punto de vista interesante en la dilucidación del problema.

LA PERSPECTIVA EN EL ARTE NUEVO.

Con el andar del tiempo, Mantegna, Leonardo, y otros reducirían la perspectiva a un trazado estereográfico que agobiaba la pintura hasta nuestros tiempos, o más exactamente hasta Cezanne.

Ya Cezanne, o pone a la perspectiva clásica algo que se aproxima a una ortografía proyecta, que no es más que la escritura de la proyección ortogonal en un plano vertical. Este primer deslizamiento ha de llevarnos con el cubismo, expresionismo, etc., allende la perspectiva. En lo sucesivo toda ortografía perspectiva ha de acomodarse al lirismo creador so pena de ser destruida de la plástica. Aquel que mire con cuidado un cuadro moderno constatará que los objetos guardan siempre el rigor de los términos realísticos, no en su apariencia falaz y engañosa, sino en su realidad estética. Aunquitaré mi afirmación en palabras de Maritain: "Si a un futurista le conviene no hacer más que un ojo, o un cuarto de ojo, de la forma que retrata, le asiste el derecho indiscutible de hacerlo, pues el problema consiste en que ese cuarto de ojo sea justamente todo el ojo que la tal dama necesita en el caso dado".

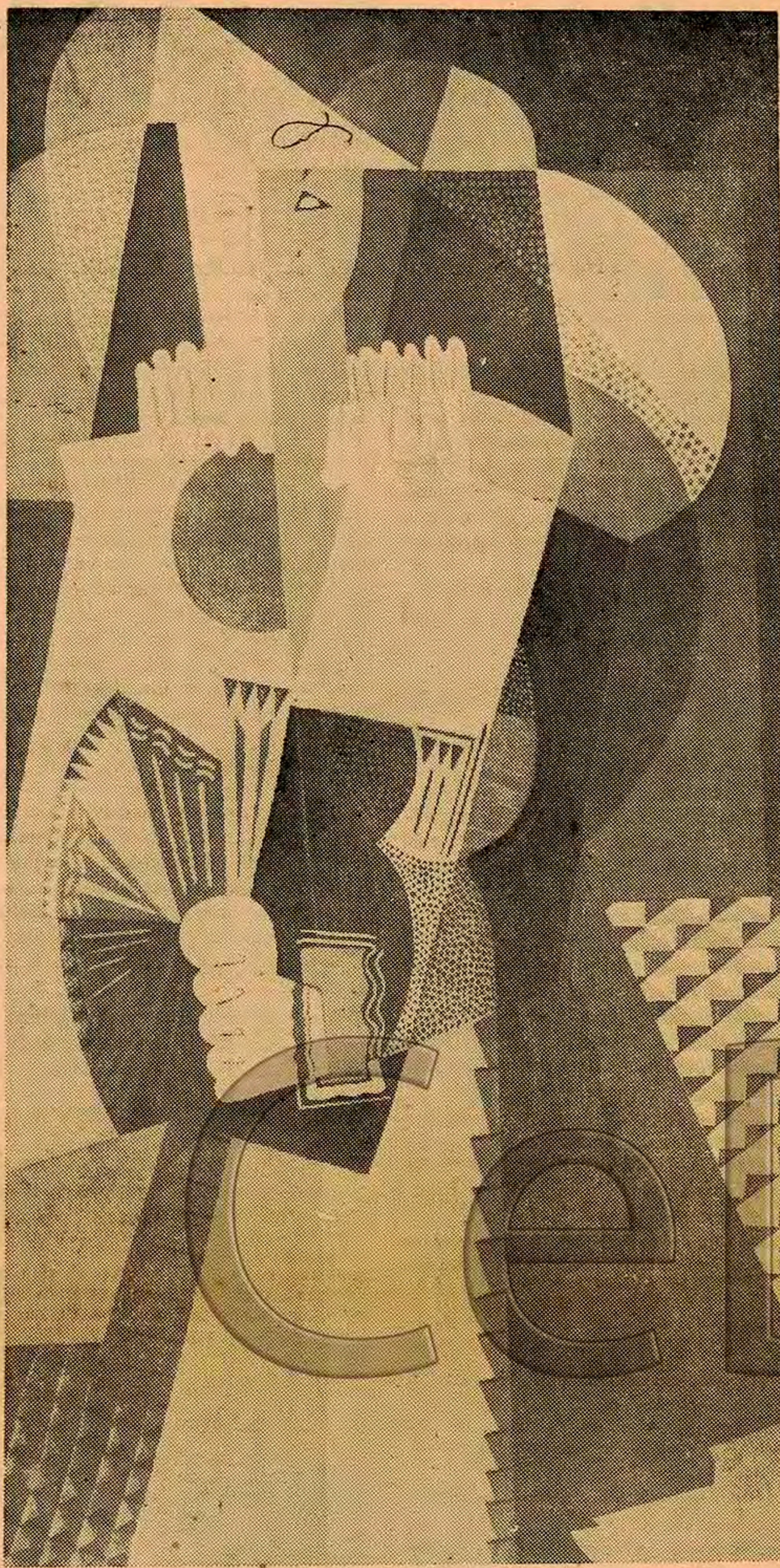
LA PERSPECTIVA EN LA LITERATURA.

Ya antes, he señalado la intromisión de la perspectiva en la técnica literaria; ahora denunciare otro desplante. Me detendré en la influencia que el trastuqueo de sus términos produjo en la literatura de vanguardia, sobre todo en la poesía. Los poetas pasatistas, al igual que los pintores de la misma era, profesaban por el horizonte — línea de calma — un respeto casi religioso. El horizonte resultaba el único sinónimo de lo inmutable. Todo nodia alterarse, todo, menos esta constante. Como contraposición, los poetas nuevos se ensañan con el horizonte, lo obligan a realizar las cabriolas más caprichosas y me lleñan informes de que el señor de la inmovilidad, practica actualmente un régimen de hidroterapia y gimnasia sueca.

Exhibo en segunda un muestrario que extrajo de poemas que firman poetas de América.

Panlón Arce. — Chileno
"Muñer horizontal de Norte a Sur límite de sueño"

Francisco L. Bernárdez. — Argentino



"La señorita del abanico verde", de Pettoruti

- "Toda la charra multitud de un poniente"
"Y el horizonte al igual que una bordona"
A. Brandon Caraffa. — Argentino
"Con el rencor antiguo de los cuatro horizontes"
- B. Canal Feijóo. — Argentino
"La inocencia de los horizontes era un límite para las miradas"
- A. Cruchaga Santa María. — Chileno
"Alargas en tus ojos, amiga mía, los horizontes"
- Luis de la Jara. — Chileno
"Hojeamos sin leer las páginas del libro, de los horizontes sucesivos"
- Jacobo Fijman. — Argentino
"Música de los horizontes"
- Eduardo González Lanuza. — Argentino
(Poema de los Horizontes). "Horca de los paisajes — donde se mueren — sollozando armonías las tardes"
- Guillermo Juan. — Argentino
"que va diciendo adiós al horizonte"
- Ricardo Güiraldes. — Argentino
"La línea, la eterna línea, allá, en que se acuesta el cielo"
- Alberto Hidalgo. — Peruano
"Camino más allá del horizonte"
"Se disolvieron en los horizontes desaparecidos"
- Vicente Huidobro. — Chileno
"Y los días pasan aullando al horizonte"
- Nora Lange. — Argentina
"Lámpara enredada en un camino de horizontes"
- Luis Angel León. — Ecuatoriano
"Tiene en el horizonte el día las ventanas abiertas a la noche"
- Manuel Maples Arce. — Mexicano
"Hacia los horizontes desvastados"
- Leopoldo Marechal. — Argentino
"De un horizonte niño"
- Juan Marin. — Chileno
- "De horizontes enanos y de siglos microscópicos"
- Hugo Mayo. — Ecuatoriano
"Curva sobre el horizonte"
- Pablo Neruda. — Chileno
"Aquí te amo y en vano te oculta el horizonte"
- Salvador Novo. — Mexicano
"Horizonte, curva, dos puntos y el camino más corto"
- Alejandro Peralta. — Peruano
"Formidas pantorrillas de peñones entran a saco en el horizonte"
- Francisco M. Piñero. — Argentino
"Horizonte de la melancolía"
- Magda Portal.
- Salvador Reyes. — Chileno
"En la cuerda de los horizontes domésticos"
- Salomón de la Selva.
"Quién habrá dado la orden — de abolir por entero el horizonte"
- Como se ve, el surtido es variado y complemento plástico son los cuadros de Picasso, Chagall, Pettoruti, Juan Gris y otros.
- Y para terminar definiré la perspectiva cavallera y la ilustraré con un ejemplo: "Modo convencional de representar objetos, conservando la forma y dimensiones de las caras paralelas al plano del dibujo, trazando en direcciones paralelas entre sí las líneas perpendiculares a dicho plano, que en la perspectiva común concurren en el punto de vista". Ejemplo: un cuadro de Chirico.



Historia del Judio y de la Hostia, de Pablo Uccello

Lenín Frente a los Héroes Tradicionales

por NYDIA LAMARQUE

Pero hasta llegar a Lenín, el primer héroe proletario, cuántas impurezas mezcladas a este vino que más podría considerarse veneno, generador de muerte, en lugar de estimulante de la vida. El alma de Lenín, — lo vamos a demostrar en seguida a través de un rápido análisis, — es el primer licor cordial de la Historia. Dichosa la copa, dichoso el "sagrado vaso", para decirlo con las nobles palabras de Hoelderlin, que más y mejor que ningún otro esté destinado a contenerlo!

II

Plutarco en la antigüedad, Emerson y Carlyle en nuestros días, son las autoridades clásicas por lo que se refiere al estudio de los héroes. Pero tanto el "héroe" de Carlyle, como el "hombre representativo" de Emerson, abarcan múltiples territorios de la actividad humana, el héroe como jefe político al que el inglés llama "rey" y el americano "hombre del mundo" no ocupa más que un lugar igual a todos los demás en sus clasificaciones. Y en realidad, ambas clasificaciones pecan por exceso sino por defecto de extensión en cuanto al significado de la palabra héroe, pues según el verdadero contenido que es preciso asignarle, tan héroe es Leonardo da Vinci, como Julio César. Solamente que las comparaciones han de establecerse entre semejantes, y así al colocar a Lenín en oposición con la tradicional imagen de los héroes, he querido referirme nada más que a aquella categoría a la que, por inmemorial costumbre, el lenguaje corriente y aún la imaginación popular otorgan con exclusividad título heroico: el jefe político. Mas aún: dentro de los héroes políticos, hay que averiguar cuáles alcanzan la estatura necesaria para medirse con Lenín. Porque sería error, y error grosero, tratar de establecer parangón entre esa fuerza histórica de gravitación universal, y hombres cuya esfera de influencia no ha salvado las fronteras de su país por muy grandes que dentro de este haya sido su prestigio y su poder.

Así, los escritores de la burguesía lo colocan insistentemente al lado de Pedro el Grande y de Oliverio Cromwell. En cuanto a la primera comparación, es difícil juzgarla más expresiva y certeramente que Stalin cuando declara que: "Pedro el Grande no era más que una gota de agua en el mar, en tanto que Lenín era un océano". Pedro el Grande habría podido ser el héroe nacional de la aristocracia y la burguesía capitalista rusa, aún el héroe nacional del pueblo ruso cuando las masas dormían todavía un sueño de piedra que apenas podían sacudir parcialmente las hazañas de los bandidos rebeldes a la Stenka Razin. Y

eso era tanto más factible, cuanto que el proceso de occidentalización impuesto a Rusia por Pedro I lo hacía aparecer como un zar revolucionario, mientras que en realidad bajo su reinado, tras la pantalla de colores del obligado cambio de costumbres, la explotación y la opresión alcanzan proporciones aterradoras, y San Petersburgo, — que un día ha de llamarse Leningrado, — se edifica sobre un zócalo de carne campesina, arrancada por la punta metálica de los knout. Pero fuera de los límites de la vieja Rusia, ¿a quién ha de interesar Pedro I? Un emperador bárbaro que trata de introducir las apariencias del occidental en su bárbaro pueblo. Guerras con Suecia y con Turquía, el asesinato de su propio hijo, quien, a su vez, quería asesinarlo... ¿Qué otra cosa han hecho la mayor parte de los opresores de derecho divino y aún no pocos de los de derecho humano? La comparación de Lenín y Pedro el Grande sólo puede explicarse por esa especial sordera de los oídos burgueses para la verdadera significación del primer héroe del proletariado.

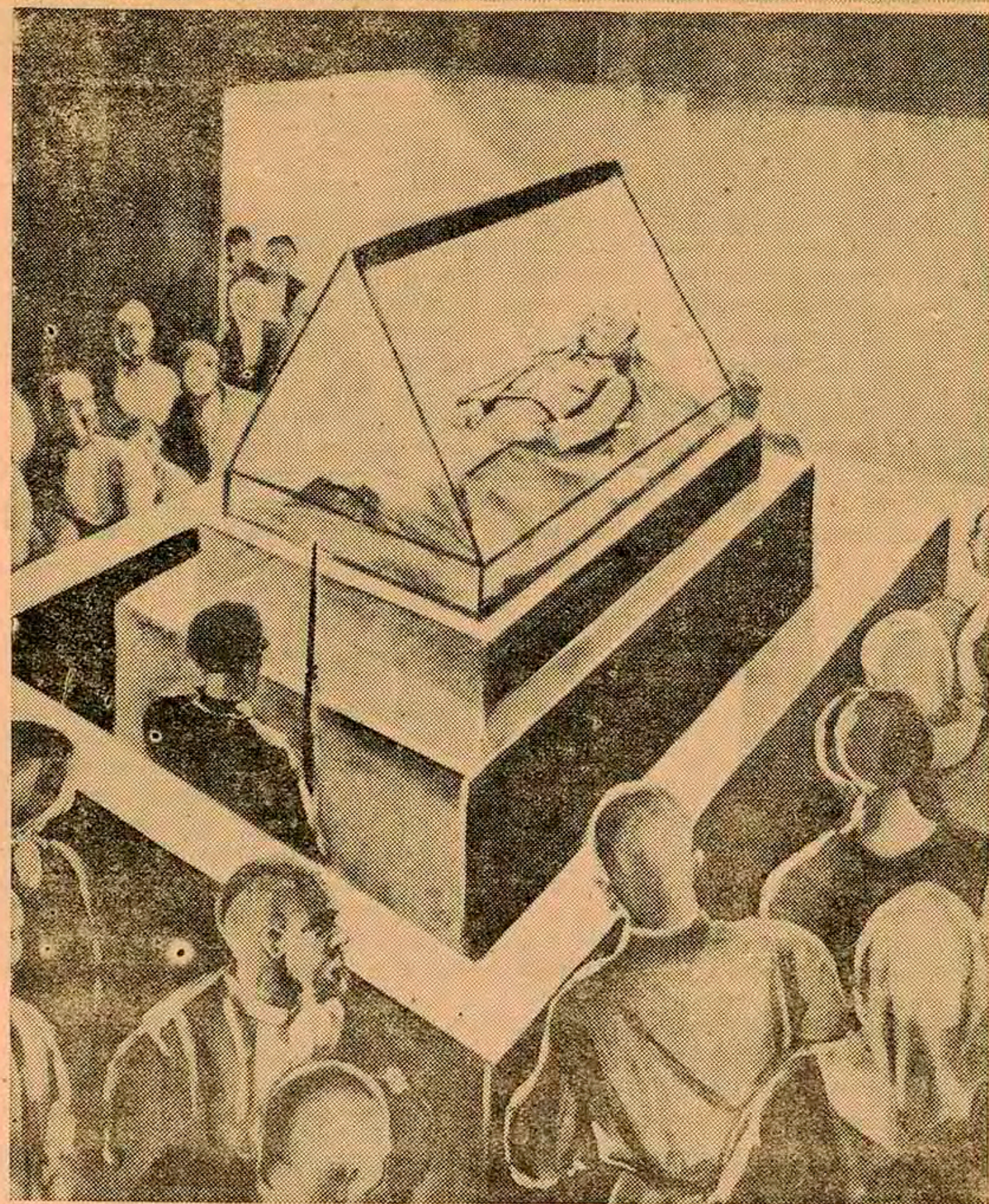
La comparación con Cromwell es igualmente absurda. No pretendo menos cabar la real grandeza del puritano sombrío que en pleno siglo XVII ejerció la dictadura de la burguesía sobre Inglaterra convertida en una tribu de Israel, y decapitó a Carlos I al son de los salmos entonados por los terribles Iron's Castle. Mas aún: dejó de lado el objetivo que guiara su vida y su acción, para no considerar más que su realidad histórica, el lugar que ocupa en su época. Por muy grande que haya sido su poder, durante los largos años de su dictadura, es evidente que su nombre fué siempre un nombre inglés, que nunca alcanzó la resonancia por lo menos continental que llegaron a tener más tarde los nombres de la Revolución Francesa. Así, pues, la comparación del Zar occidentalista de Rusia o del Jefe de la Revolución Inglesa con el que fué Jefe del proletariado revolucionario mundial, fundador de la Tercera Internacional, conductor del comienzo de los siglos, — digo sin precedentes no por sus proporciones numéricas, que este detalle no cuenta para la filosofía de la historia, sino por sus alcances dominadores del futuro, — una comparación tal carece en absoluto del más mínimo fundamento. Es materialmente imposible por cuestión de talla, de tamaño histórico. Ya lo dijo Stalin: la gota y el océano.

Pero falta algo más. Ziti, vieff, en su conocido discurso-biografía, mero esquema de hechos, despojado de cualquier clase de valor interpretativo o literario, se refiere a una comparación de Lenín con Marat. Comienza por refutarla, para lo cual hace uso de un error histórico, pues afirma que Marat sólo fué querido por el pueblo después de su muerte; y luego termina por aceptar el paralelo para luego terminar por aceptar el paralelo y hasta con entusiasmo. Sólo quiere que se agregue a Marat para llegar a ser idéntico a Lenín, "una erudición marxista de primer orden, una voluntad de hierro, y un profundo espíritu analítico". Esto asombra verdaderamente en la boca de Zinovieff. Agreguemos el genio, podría haber dicho, y hubiera ganado en brevedad. Pero entonces resultaría que el agregado es más grande que lo principal.

Pasemos, pues, a la manera dantesca, junto a estos pretendidos términos de semejanza que no llegan al hombro de Lenín, y busquemos a lo largo del tiempo los hombres cuyas cabezas estén suficientemente altas como para poder pasar los ojos siguiendo una misma línea desde ellas hasta la cabeza de Lenín. Me he limitado del berberdemante para esta búsqueda a lo que se llama civilización occidental. No conozco con suficiente detalle la historia del oriente mongólico, del oriente amarillo; y en cuanto al prehelénico, su historia es en gran parte brumosa y fabulosa, y su suelo más fértil en el tipo de héroe profeta que en el de jefe político. Hojeando entonces los siglos sólo desde el momento en que aparece con un nítido perfil histórico, desembarazados y libertados ya del peso muerto de la leyenda, cuatro hombres únicamente se destacan con un alcance suficientemente universal como para sostener, por cierto, que en desmedro de los cuatro, una comparación con Lenín. El primero es Alejandro Magno, representante de los intereses de la aristocracia griega, y del helénico esplendor con que se reviste su imperialismo, vecino ya a la decadencia; el segundo Julio César, la mayor gloria romana y durante mucho tiempo la mayor gloria humana, patriótico que juega a la demagogia y se hace el portavoz moderado de la plebe para lograr el poder absoluto con que delira su ambición; el tercero, Carlomagno, héroe máximo y representativo de la nobleza medioeval europea, y el cuarto Napoleón, héroe máximo de la burguesía capitalista. Los cuatro son indudablemente geniales. Los cuatro se asemejan de un modo extraordinario dentro de las circunstancias que desde luego han condicionado sus vidas. Todos han sido grandes conquistadores y habísimos políticos; todos han llegado a la cumbre del poder, todos tienen las sienes ceñidas por laureles áureos, todos resplandecen de riqueza y de pompa. Eruidos sobre sus pedestales, son más d'oses que hombres. He aquí la flor y nata de los héroes que ha conocido la historia hasta llegar al año grave de 1917, los héroes por antonomasia sobre cuyo talco la humanidad ha concebido el tipo tradicional del héroe. Y frente al cuarteto resplandeciente, un hombre; todo un hombre, pero nada más que un hombre. También ha llegado a la cumbre del poder. No se yergue sobre ningún pedestal sino que permanece en el suelo. Al mismo nivel de los demás, de los hombres innumerables, de las masas revolucionarias que lo circundan y cuyo impulso él enciende y dirige. Viste un viejo traje raído. En lugar de laureles de oro, cñe su cabeza con una modestísima gorra. Mira hacia adelante, y en el fondo de aquellos ojos, de aquellos agudos ojos capaces de alcanzar más lejos que los de nadie, centellea el relámpago aterrador de genio. Es Wladimiro Ilitch Lenín, el nuevo tipo de héroe, el héroe proletario.

Por qué se abre entre él y ellos un abismo de tan vertiginosa profundidad: por qué Alejandro, César, Carlomagno, Napoleón, están en un borde y Lenín en el opuesto de una trinchera irreductible? La razón es de una claridad meridiana y sure de la historia misma. Lenín es la síntesis individual del proletariado revolucionario, y también, última reducción del hecho al hombre, de lo generador a lo generado, la síntesis individual de la Revolución Rusa. Pero esta revolución es un hecho insólito en la historia, de una novedad, de una originalidad absolutas, puesto que ella ha dado la dictadura a una clase, — el proletariado, — que lejos de explotar lo restante de la sociedad en su provecho, como todas las demás clases que han detenido el poder, trabaja para convertirse a sí misma en superclase, para llenar a la sociedad comunista, sin explotación y por lo tanto sin clases. De aquí que el hombre surtido de la Revolución Rusa es también algo de una originalidad de raza nueva, situado en el polo contrario al de los héroes tradicionales, esos héroes surtidos de acontecimientos en los que perennemente una clase dominante explotaba en su provecho y oprimía en su provecho y sólo para su provecho a las restantes clases de la sociedad. El acercamiento estrechísimo del héroe a la masa, es la primera consecuencia por lo que a esto se refiere, de la revolución de noviembre. Hasta entonces los héroes se han considerado seres aparte, formados de una sustancia distinta a la vulgar sustancia humana. Alejandro se dice hijo de Júpiter, que habría fecundado a su madre en figura de dragón, y se hace adorar como un dios. César afirma que desciende en línea recta de Afrodita. Carlomagno es un emperador medioeval, y esto sólo basta

(Continúa en la pág. 13)



El sepulcro de Lenín en la Plaza Roja de Moscú

LA PULPERIA Y EL FORTIN

Tres épocas hay en la historia de la pampa: cada cual con su escenario y sus personajes. La primera es la del caudillaje. El tiranuelo áspero bordea y teme la extensión; la libertad era como una cadena en esa prisión sin límites que era la pampa. Es aquí que la frase de Sarmiento tiene la precisión de un diagnóstico clínico: el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión. Desde las puertas de la pampa se ve toda la historia. Ejércitos que ambulan de un punto a otro de la República. Pelean en Tucumán, descansan en Salta, vuelven a chocar en el norte de Córdoba para venir a acampar en los alrededores de Buenos Aires. Lucha violenta y tenaz, semibárbara y trágica. Nadie podría cantarla en epopeya. Quiroga es el prototipo de esa época. Sarmiento lo entiende así cuando en *Civilización y Barbarie* lo presenta ante el mundo y para siempre con la dafnia mirada, el gesto fiero y la actitud violenta. Este libro a medias docto y medias popular, es, bien mirado, la primera expresión del alma argentina. Es la primera manifestación de vida que hacia el arte insinúa la evolución de esta parte del mundo.

La segunda época de la pampa es la de la organización nacional o, si se quiere, de la lucha con el indio. La humanidad está representada entonces por cuatro tipos característicos entre los cuales se desarrolla el drama de la conquista que Rozas, hombre astuto, inició para que lo colmaran de elogios. Estos personajes son, por orden de importancia: el gaucho, el indio, el nacional y el milico. No es necesario describir minuciosamente a cada uno de ellos. Solamente me detendré a esbozar sus características psíquicas.

¿Ha existido el gaucho? Es una pregunta indiscreta que nadie podría contestar rectamente. Naturalmente, el gaucho que personifica-

ron los Podestá no ha existido nunca. El gaucho literario, versador y oportuno, de quien se tienen noticias por las obras de teatro tuvo una casual aparición en la realidad. Pero el gaucho que boleaba avestruces y el que volteaba un vacuno para extraerle la lengua, ese sí ha existido y ha discurrido por la pampa. Tomando la cuestión desde otro punto de vista podría uno preguntarse si un pueblo ha sido capaz de crear tal personaje, y no vendría ello a demostrar su fuerza espiritual?

El sentimental ignorante de los hechos se ha puesto en la misión de exaltar la figura del indio considerándolo como un mártir del progreso. No es posible pensar que Calfucurá, por ejemplo, el Emperador de las Salinas Grandes tuviera buenos sentimientos. El padre B. Bolini al detenerlo en un malón no puede impedir que arrase con las poblaciones. Los malones no eran pasajes amistosos ni mucho menos. Busquemos el testimonio de los viejos pobladores y sabremos lo que era la tripulación de aquellos seres semisalvajes que incendiaban las poblaciones y arriaban con el ganado.

El gringo o el nacional era un personaje simpático y valiente. Era el extranjero que se arrojaba hacia el seno de la pampa para establecer un modesto comercio. Muchos se volvieron ricos a costa del peligro; compraban por la nada las plumas de avestruz que más tarde revendían a altos precios. El otro tipo era el milico, el soldado de línea reclutado entre los penados o gentes que ya no cabían en las cárceles. Ser soldado en las fronteras era casi igual que estar cumpliendo una condena. Estos residuos de la naciente población argentina inauguraron la vida de la pampa.

Tres instituciones nacen y se desarrollan en esta lucha ardua: el fortín, la pulpería y la toldería. Cada una desempeña una función

distinta. Podría tenerse la pulpería como la avanzada del progreso, la insinuación del confort de las grandes ciudades lejanas; es el lugar donde el caminante descansa, donde se saben las novedades. Allí iba el gaucho cantor y se habla de la última revolución. De cuando en cuando se asomaba el comisario del pueblo cercano en busca de algún gaucho alzado de esos que en un velorio se han desgraciado por un malentendido. Un pulpero tras el mostrador con barandilla, botes de ginebra, un periódico de fecha muy atrasada que el instruido de la reunión habrá de leer llegado el caso. Es la aduana del infinito, la disolución de la soledad, la atalaya del horizonte.

Toda esta vida aparece en el libro máximo que es *Martin Fierro*. Fernández ha cantado en estilo la lucha tremenda y sostenida de los argentinos que han nacido para remediar este mal de la extensión que insinúa por todas partes en el suelo patrio. Y por segunda vez la pampa entra en el campo de la literatura con una obra que de cierta manera ha sido puesta junto al poema del Cid.

La tercera época pampeana es la agropecuaria. Ahora es la ley del trabajo; rito áspero aunque decisivo para la total soberanía del territorio. Es la pampa de la alamburada, del ford, de las máquinas agrícolas, de la escuela con banderita azul, de la estación en cuyo andén hacen sociedad las chicas del pago. Para esta época estamos esperando la gran obra que se insinúa en algunas de las narraciones de Lynch.



ENTIERRO DE PRIMERA CLASE

por
RAFAEL PINEDA YAÑEZ

—Señor — anunció el sirviente de librea marrón — ahí está el empresario de pompas fúnebres.

—Dígame Vd. — contestó de malhumor el caballero, llevándose un pañuelo a los ojos — que disponga todo en la sala, de acuerdo con lo que habíamos convenido.

El criado saltó y le dijo al empresario lo que su amo le encomendara. El empresario se acercó entonces al enorme y brillante férgon, en cuyas puertas traseras había un regimiento de pelotón de lacayos funerarios. Dió orden de sacar con el mayor cuidado el servicio contratado y él mismo se puso a ordenar la colocación de las piezas en la sala.

Bajaron primero las macetas, con primorosas plantas de invernadero, los candelabros y vitraux, un equipo de luces eléctricas, cordones de oro entrelazados con crespones, cruces y cirios de repuesto, las banquetas azabachadas para las plantas pasamanos torneados y soberbias columnas del más complicado estilo corintio.

Por último el empresario dió una orden seca y terminante.

—Ahora, con mucho cuidado, el férgon. Se agolparon los funerarios en la portezuela e hicieron correr una planchada, sobre la cual venía el cajón de madera clara. Era una admirable obra de ebanistería. Un ataúd enorme, mucho mayor que los comunes.

La gente del barrio, apesadumada en las veredas, miraba con curiosidad aquellos preparativos y se disponía a presenciar la ceremonia con una curiosidad malisana. ¿Para qué quería tanto cajón la pobrecita anciana muerta, minúsculo y achaparrado ejemplar de la especie humana?

La pregunta se asomó a todos los labios, pero también se dijeron que aquel maravilloso férgon debía costar por lo menos, cuatro mil pesos, tales eran su magnificencia y su grandiosidad.

Cuando los empleados se dispusieron a bajar el ataúd, los curiosos advirtieron que pesaba más de lo regular. Se necesitaban seis hombres para descenderlo y en los rostros de todos ellos se veía el esfuerzo que debían hacer para transportarlo. La madera debía ser tan pesada y dura, que los años no podrían hacerle mella.

Pero ¡qué curioso! Todos los empleados que llevaban la gorra puesta, se la quitaron para

conducir el cajón. Y lo hicieron con tal respeto que muchos de los que se habían agolgado se dieron cuenta en el acto de que adentro del férgon iba un muerto.

—No, — dijeron los más avisados, los que pertenecían al secreto del barrio — la muerta es una viejecita chiquita que ha fallecido ayer por la tarde. Y vive aquí. Ese es el cajón.

Bien pudiera ser. Pero para el público agolpado en las aceras había un poco de misterio en aquello, que difería de todos los demás servicios fúnebres que hasta allí presenciaron.

Con enorme trabajo, el férgon ascendió los escalones de la lujosa mansión. En el ancho vestíbulo había unas cincuenta personas, entre amigos y familiares, que presenciaban la ceremonia de la llegada de la caja y los preparativos mortuorios. Pero no pusieron mayor atención en los detalles de aquel curioso transporte.

Colocado en los pesados y macizos taburetes de mármol, el enorme férgon, se armaron en seguida todos los accesorios. Encendieron las bujías, menudearon los grandes ramos de flores naturales por los cuatro costados del catafalco y los empleados funerarios adoptaron una actitud solemne, marginando el ataúd, como granaderos que montan guardia.

Algunas de las personas que habían estado contemplando distraídas la operación, de pronto se dieron cuenta que el cadáver aun no había sido depositado en el cajón. Extrañados por este detalle que consideraban esencial, se acercaron para dar los adiós de práctica a la viejecita, que días antes aún alegraba a sus contertulios con sus salidas espirituales.

Entonces los familiares adoptaron una actitud compungida, rodeando el férgon, y mirando con ternas miradas su presunto contenido. Alguna mano aventaba a dos o tres moscas inquietas que saltando de las flores al interior del cajón, pronunciaban la nota irreverente del tético conjunto.

Las primeras personas que llegaron al pie del férgon y dejaron caer la mirada en el fondo del cajón, se mostraron perplejas y llevaron sus ojos interrogadores a los de los familiares que en ese momento se entretenían en derramar abundantes lágrimas, como si nada más percibieran a su alrededor.

Uno de ellos preguntó a un vecino:

—¿Pero esta no es Doña Mercedes!

—Efectivamente, no es doña Mercedes, — respondió el interpelado haciendo cálculos imposibles.

Tan imposibles que no se podía equiparar un cuerpo como el que contenía el cajón, enor-

me, imponente, fastuosamente ataviado y limpio, con el de la pobre doña Mercedes, esmirriado, sucio en vida cuanto más en la muerte.

Conforme fueron desfilando ante el cadáver los visitantes repitieron aquel gesto de sorpresa, hasta que uno, el más familiar de los familiares, buscó en vano a uno de los deudos más cercanos, sin hallarlo, porque hasta ese momento ninguno se había presentado al velatorio. Se acercó entonces a uno de los altos empleados de la empresa y en un aparte misterioso, previa desnudez de toda solemnidad, como lo reclamaba la pregunta inquietante, le interrogó así:

—Pero dígame una cosa. Esa señora que está en el férgon, no es doña Mercedes ¿verdad?

—Naturalmente que no lo es. El cadáver de la señora se encuentra en el interior, en su lecho de muerte.

—Pero entonces, ¿Esto qué significa?

—Esto significa un entierro de lujo. Un entierro de primera clase que cuesta diez mil pesos. La empresa proporciona todo, incluso el cadáver, que, como Vd. habrá observado, es también un cadáver de primera clase. ¿No cree Vd. que desentonaría la humildad y la pequeñez de la anciana señora fallecida, con todo ese boato de un entierro de primera clase? El señor ha querido rendirle a su finada madre honores de primera clase, a la que fué a la vez dama tan modesta y humilde. El señor puede permitirse ese lujo y esa satisfacción, que sólo cuesta diez mil pesos.

—Pero esto es absurdo, es hasta irreverente...

—¿Lo cree Vd. señor?...

—Es sencillamente brutal lo que se está haciendo.

—Recapítale, señor. La pobre señora, con su insignificancia física, con sus pilchas viejas, no hubiera podido representar dignamente un papel fúnebre de tercera o cuarta categoría. Esa matrona que Vd. ve en el ataúd, posee hasta rostro de emperatriz. Mírele sus pesantías cuidadas, sus mejillas suavemente coloreadas, sus labios limpios y brillantes. Todo el conjunto da una idea de grandeza, de severidad y de distinción. En una palabra: de entierro de primera clase.

—Pero...

—Comprenda, señor, lo que son estas cuestiones en el orden social. Hay que evitar los chismorreos, las malóvolas interpretaciones, los comentarios jocosos que desmerecen la idea de la muerte. En estos tiempos que corremos el ridículo es intolerable. Una familia tan encumbrada como la de Peñeyez, con tan distinguidas relaciones, está en el deber de presentar a

por
Pablo Rojas Paz

sus amistades un entierro, no sólo de primera clase, sino un cadáver de primera clase. Entendiéndolo así, la empresa que yo represento ha cuidado este renglón, como todos aquellos que tienen atinencia con su misión. Tenemos cadáveres de todas las categorías y para todas las clases. Y no me negaré que éste que está en el cajón es de los más aristocráticos y presentables. Permítame Vd. que le entregue una tarjeta de la casa... En ella encontrará servicios de todas las categorías, desde...

En una habitación interior, lejos de aquella ceremoniosa exhibición, permanecía el cadáver de la anciana esmirriada. Los honores fúnebres fueron para la dama de primera clase, para quien representaba en aquellos momentos la dignidad de la familia empingorotada, que ni en la muerte quiere apearse de su importancia social.

BALANCE DE LA SODIEDAD NACIONAL DE MUSICA

(Desde su fundación hasta nuestros días)

por Juan Carlos Paz

Al decir "Sociedad Nacional de Música", nos referimos a una sociedad de cultura musical, que ampare en su seno a lo más calificado de los compositores del país, sino llana y sencillamente, a una Sociedad de socorros mutuos disimulada, que provee a sus asociados de todo lo que es de rigor, incluso el entierro. Cosa innecesaria ésta, por ser la mayoría de sus componentes, en la aterradora proporción de un noventa y nueve por ciento, cadáveres vivientes, que es la peor forma de ser cadáver.

Toda la actividad de la Sociedad Nacional de Música puede circunscribirse, efectivamente, a una actitud de apoyo material a sus asociados, los que de ese modo quedan desamparados sólo espiritualmente, que de ese desamparo no hay potencia humana que los salve.

Jurados vitafónicos, formados por miembros que actúan en el seno de la Sociedad, que infaliblemente fallan a favor de sus colegas: premiados vitafónicos—también, que al año siguiente se convertirán en jurados, para a su vez premiar a los que antes actuaron y les favorecieron, etc., etc.

Pero esta admirable Sociedad de socorros mutuos, no limita sus actividades a tan mezquinas y transitorias realidades como el repartirse premios, que al fin y al cabo pronto pasan y poco dejan, en sus consecuencias morales y materiales, sino que vela por los intereses de sus asociados de un modo menos perecedero y delznable: los coloca.

A esta altura de sus actividades, la Sociedad de socorros mutuos se transforma en agencia de colocaciones. Esa reincidencia en una misma falta nos importaría muy poco, pues tendría su verdadero lugar en una crónica de Tribunales, si esas hábiles maniobras no estuvieran encubiertas por otras mucho peores, que disimulan esos aspectos eminentemente artísticos de la entidad.

Nos referimos, ¡ay!, a las actividades musicales de sus asociados, verdadero atentado de lesa cultura.

Que sus actividades musicales sean perniciosas se prueba con el hecho de que la Sociedad Nacional de Música es un conglomerado de fósiles y de otros que nunca han podido serlo por ignorar el más elemental academismo. Encontró en el folk-lore el recurso fácil del aficionado, lo cultivó aprovechando la ceguera ambiente y la confusión de valores, y dió carta de ciudadanía artística a cuanto analfabeto musical había en el país: la frase "compositor argentino" acababa de crearse.

Y el inocente folk-lore, aderezado con estilizaciones de colegial e italianismos baratos, perdió el poco carácter que tenía, por obra de estos compositores nacionalistas, y se transformó en eso lamentable que todos conocemos.

Nuestro nacionalismo musical era un hecho, y la Sociedad Nacional de Música acogía en su seno a cuanto italiano hiciera folk-lore argentino, y a cuanto argentino escribiera canzonetas napolitanas o "boulevardiers" con elementos autóctonos de su país.

Tales son, hasta el día de hoy, y al cabo de 17 años de actuación, las actividades artísticas de la Sociedad Nacional de Música.



N o r a h L a n g e
45 días y 30 marineros

Gloriosa Venganza

por José Gabriel

(Según un relato de Essad Bey)

Nací en Bakú, la ciudad petrolera del Aserbeidjan, en la inmensidad desértica del Oriente, a orillas del mar Caspio.

Mi padre era uno de los poderosos magnates de la ciudad codiciada, dueño de hombres y de copiosas tucetas de oro negro, y mi madre una encantadora rusa, antigua propagandista bolchevique, a la que el corazón y el poder de mi padre habían arrebatado de la cárcel zarista y de la revolución para convertirla en la preferida de sus sentimientos principescos.

No había cumplido yo veinte años, cuando en marzo de 1913 y en medio de la inquietud ocasionada por el estremecimiento cada vez más energético de las Rusias, veintiséis comunistas armenios y caucásicos se apoderaron del Aserbeidjan y establecieron en Bakú un gobierno bolchevique.

El terror proletario quedó implantado en la numerosa población. Cien mil obreros ansiosos de represalias antiburguesas lo sostenían. Moscú sauló aborrazado a la "primera potencia soviética de Oriente".

Mi padre y yo tuvimos que huir ocultos, para librarnos de la sed de sangre de aquellos bandidos. Abandonamos por la noche nuestros fastuosos palacios, nos embarcamos secretamente en dirección al Turquestán y a los cuatro días arribábamos a la ciudad de Kísl-Su, donde aun poseíamos algunas propiedades.

Kísl-Su es una pequeña ciudad sórdida estrechada a un lado por el mar de aguas cenagosas y en el resto por un semicírculo de altísimas moles pétreas, tras las cuales se dilata el desierto de Kísl-Kum, de incultos nómadas y de rojas arenas. Agitada a impulsos de las auras revolucionarias rusas se había proclamado república democrática socialista, pero abrigaba un intenso odio hacia el comunismo. Su ministro de relaciones exteriores era precisamente el administrador de nuestras propiedades, de las que jamás había rendido cuentas, y su jefe político el príncipe Alania, joven especialista en criminología y tres veces enemigo de los rojos, como socialdemócrata, como príncipe y como georgiano.

Allí estábamos, habiendo en la sala del único cine de la ciudad, porque todas nuestras casas huían, morían y sofocaban, cuando las tropas furoalemanas en guerra con Rusia se adueñaron del Aserbeidjan y derribaron a sangre y fuego, como se había exigido, el flamante soviético de Bakú. ¡Los forajidos empezaban a pagar sus culpas!

Durante largo tiempo, en todo Oriente fué famosa "la furia de los veintiséis". Sin embargo, la prensa bolchevique comentó laudatoriamente "la prudente retirada proletaria". Porque, en efecto, al verse amenazados por los soldados germanoturcos, los veintiséis jefes armenios y caucásicos de la rebelión comunista de Bakú desampararon a las masas obreras, y emprendieron la fuga en un buque petrolero inglés.

Los furtivos, envueltos en vendas y algodones, embarcaron en camillas bajo la ficción de heridos de guerra. Se proponían ganar el Volga y por allí la Rusia soviética; pero los ingleses, que no son muy amigos de los comunistas, sólo accedieron a transportarlos a la república socialdemócrata de Kísl-Su, del otro lado del Caspio. Como al fin se trataba de una población socialista e ignoraban el odio que en ella se profesaba al comunismo, los veintiséis dirigentes en fuga, pensaron que no les iría del todo mal. Tal vez más adelante pudiesen hallar desde allí otro camino para Rusia. ¡Han derrochado a una muerte horrible!

Precisamente me hallaba acomodado del jefe de policía Alania, en el muelle, cuando atracó el barco petrolero. Claro que desconocíamos la naturaleza de su carga. Subimos a bordo en busca de amigos que hubiesen de los comunistas y que pudiesen darnos alguna noticia de la parentela y las relaciones que habíamos dejado en Bakú; pero, ante nuestra sorpresa, no encontramos más que aquellos veintiséis supuestos heridos que no nos informaron de lo que desahucios y habían permitido para desahuciar a la población.

Descendimos del barco. Mi amigo, asegurando de repente, me susurró al oído: "¡Bakú está en manos de los rojos que vienen a bordo!". Toda el ambiente comunista del Aserbeidjan!" se desmoronó de mi y se fué ligero.

Poco después, sin haberme alejado aún del muelle, vi llegar toda la fuerza armada de Kísl-Su, con el príncipe Alania al frente. Sin duda, aquel hombre desierto y resuelto era el verdadero caudillo de la rara república.

La fuerza asaltó el buque, intimó detención a los pasajeros, los despojó de las vendas y los condujo en reclusa a la prisión, una mazmorra inmundada llamada Cárcel del Estado. Seguí el montón. No bien se hubo clausurado tras presos y carceleros la puerta de la covacha, empezaron a trascender ruidos y gemidos: el castigo implacable comenzaba.

Crecía aceleradamente el estruendo de los cataclizos de fusil y el chasquido del látigo arrelata la tortura. Paralelamente iba en aumento el clamor de los castigados. A los cinco minutos aquello no era más que un grito anido y desgarrador de carne humana martirizada.

da. ¡Los rojos pagaban su larga vida de crímenes!

Por la noche, apagado el clamor humano que parecía haber sacudido el gigantesco cerco pétreo de la ciudad, corrió el rumor de que después del castigo infligido por vía de escarmiento a los veintiséis bolcheviques, el gobierno había resuelto entregarlos al "protectorado inglés de Persia o fletarlos para Rusia; pero aconteció algo muy distinto.

Ya dormíamos mi padre y yo en nuestra alcoba cinematográfica. En eso, fuimos recordados de parte del jefe policial, a quien recibimos sorprendidos. Venía con talante grave, pero satisfecho, e invitarnos a una excursión desértica. "Voy yo sólo con los presos y los soldados — nos dijo — pero a ustedes les reservo un lugar".

Mi padre preguntó a qué obedecía aquella excursión. "Los veintiséis comunistas deben morir esta noche misma" agregó Alania. "¡Está usted loco!" profirió mi padre poniéndose en pie de un salto, y añadió: "Envíelos a Rusia, y ya es bastante". Alania repuso ceremonioso: "Necesito su sangre. Han merecido cien veces la muerte. Creí que usted sería el primero en alabar mi decisión", y saludando, se fué.

Lo seguí al rato, en un impulso de reprobación de la actitud blanda de mi padre. Llegué a escape al presidio. Aun era tiempo: los reos salían esposados y con custodia en armas.

Los observé a los claros movidos de la luna. Muchos estaban ensangrentados, casi todos aparecían lividos, pero todos iban tranquilos. Sólo uno, que por cierto era pariente nuestro, se negaba a avanzar, y los soldados tenían que obligarlo a empujones. "¡No quiero, no quiero!" clamaba con voz monótona el infeliz, y daba un salto ante un empujón, para volver a pararse en seco.

Aquella queja insistente, siempre la misma, con su martirizado tono que ya no tenía nada de humano, se me ha quedado grabada para toda la vida. Marchaba lenta por las sucias calles de Kísl-Su en sombras la caravana de la muerte y sólo se oía un tropel de pasos desacompañados y sordos, un ruido metálico de tanto en tanto, una tos y el pertinaz quejido que en su seca monotonía semejava un ruido más. "¡No quiero, no quiero!"...

Me faltó valor para presenciar el espectáculo cuyo anuncio me había atraído, y comencé a rezagarme voluntariamente. Más de dos horas tardó la lenta caravana, ya muda para mí, en alcanzar el cercano desfiladero entre las moles pétreas impenables recordadas sobre la inmensidad.

Conoci después los detalles del acto. El afligido pariente, ya sin voz, concluyó por ir a rastras de los guardianes, de modo que llenó deshecho y no pudo incorporarse para recibir varios boquetes. La mayoría rodaron por sí mismos, al caer al foso que se habían curvado; otros entraron a punta de pie; mi pariente, también el último trecho hubo de hacerlo a rastras.

Bajo las arenas del gran desierto de Kísl-Kum moran todavía los restos de los veintiséis jefes comunistas fugitivos. La venganza los alcanzó. ¡Gloriosa venganza!

Y este es el fiel relato del episodio que el

M A F F I A

por Ferrari Amores

Ojo avizor, sentado, rojizo a las linternas,

con la escopeta pronta, sujeta entre las piernas, el mafioso de guardia pernótica a lo gitano canturreando un antiguo "stornello" siciliano.

En una carpa vasta, con tope de pagoda, juegan otros la murra ruidosa, hostil y beoda.

Paseando, a algunos pasos, el deudo del secuestro, con las manos atadas, masculla un padrenuestro. Al sabor del seguro rescate relamiados,

se entregan a distintos quehaceres los bandidos; pero hay en ellos algo que a todos corresponde: la actitud recogida que cada cual esconde.

Todos hacen, por dentro, las mismas reflexiones: es uno el desengaño, son cien las perdiciones.

—No conocimos nunca la dicha de un hogar; para encontrar alguna, cruzamos todo el mar...

Una voz petrificada la noche como un poyo: —Nos comieron la casa, rodamos al arroyo...

Otro se oye, en la sombra, que exhala, en un gemido: —Yo hubiera sido bueno, de haberlo alguien querido...

Mancomuna a los hombres la misma pena muda, la misma gris nostalgia que el llanto les anuda.

Un porrazo remoto recubre el campo oscuro de un aullido piadoso; el cielo pesa, duro.

La Angustia, en el silencio, con mudo horror procura agigantar las sombras como una levadura;

mientras el centinela, rojizo a las linternas, con la escopeta, ahora zafada de las piernas,

rememora en silencio, curvado, cejijunto, la frustrada Santuzza de un casto amor difunto.



Dibujo de Facio Hebequer

normal, y mi pariente, sin sentido en el suelo, apenas elevada la cabeza sobre los pies de un compañero, todos cara al cerco rocoso que les impedía la vista del pequeño mar Caspio, en cuya opuesta ribera se tendía como un saurio antediluviano, inútil para ellos, la Rusia soviética, escucharon una cortante voz de mando y cuando no habían concluido de ver un centelleo múltiple y de oír un estampido seco el aire pareció estremecerlos bruscamente y cayeron convulsos. Fué necesario ordenar nuevas descargas parciales, porque algunos de aquellos rojos armenios y caucásicos eran duros para la muerte y pateaban o se retorcan después de tener abiertos en el cuerpo varios boquetes. La mayoría rodaron por sí mismos, al caer al foso que se habían curvado; otros entraron a punta de pie; mi pariente, también el último trecho hubo de hacerlo a rastras.

Bajo las arenas del gran desierto de Kísl-Kum moran todavía los restos de los veintiséis jefes comunistas fugitivos. La venganza los alcanzó. ¡Gloriosa venganza!

Y este es el fiel relato del episodio que el

soviético ruso llama con acento patético "el martirio de los veintiséis comunistas de Oriente" y rememora con profusión de monumentos. Yo continué vagando aturrido por las calles de Kísl-Su aquella noche. La proximidad del fuerte espectáculo me había sacudido violentamente. Ya de madrugada, me encontré ante la vivienda de mi amigo el jefe político. A través de los cristales de la ventana lo vi sentado a su mesa escribiendo. Repiqueté con los dedos.

"¡Eh! ¿A quién escribe a estas horas?" — "¡Hola, muchacho! Escribo a mi novia. Está en Persia y la llamo para casarnos. Es la criatura más dulce, tierna y adorable de la Tierra. ¡Me querrá aun mi pequeña!"

Pero no llegó a casarse jamás. A los dos años, cayó en poder de una tribu de analfabetos; otros entraron a punta de pie; mi pariente, también el último trecho hubo de hacerlo a rastras.

Bajo las arenas del gran desierto de Kísl-Kum moran todavía los restos de los veintiséis jefes comunistas fugitivos. La venganza los alcanzó. ¡Gloriosa venganza!

Y este es el fiel relato del episodio que el

Muchas fosas se cavaron junto a la que alberga el informe montón de los veintiséis jefes de Bakú, en las rojizas arenas del desierto.

La actividad económica en 1932

No disponemos todavía de las cifras necesarias para presentar un cuadro de conjunto de la situación económica de los principales países en 1932. Pero los datos conocidos hasta ahora son bastante explícitos para permitir un juicio sumario y valorar la profundidad de la crisis.

En E. U. la producción de automóviles ha pasado de 5.358.000 carruajes en 1929, a 3.355.000 en 1930, a 2.390.000 en 1931 y 1.436.000 en 1932, o sea para este último año una disminución de 73 % sobre las cifras de 1929.

Avalorando, la producción ha pasado de 3.000 millones en 1929 a 2.100 millones de dólares en 1930, 1.400 millones en 1931, 800 millones en 1932, o sea una disminución de 78 %.

En Alemania, la producción de máquinas-útiles ha sido en 1932 en 40 % inferior a la ya mala del 1931, y no sobrepasó la de 1895.

Los talleres trabajan un 30 % de su capacidad.

En Checoslovaquia, la producción de fundición ha sido en 1932 de 450.000 toneladas contra 1.155.000 toneladas en 1931 y una producción récord de 1.645.000 toneladas en 1929. La producción de acero bruto ha llegado a 683.000 toneladas contra 1.528.000 toneladas en 1931 y 2.140.000 toneladas en 1929. La producción actual de la industria corresponde aproximadamente al 35 % de su capacidad.

De "Monde,"

A VOSOTROS, ALEMANES

por DRIEU LA ROCHELLE

Libre por fin mi boca de la mordaza militar, hablo a vosotros, alemanes.

Nunca os odié.

Os he combatido con la voluntad reciamente desenvainada de matar muchos de vosotros.

Mi goce ha germinado en vuestra sangre.

Pero, érais fuertes. Y yo no puedo odiar en vosotros la fuerza, madre de las cosas.

Me regocijaré de vuestra fuerza.

Hombres, por toda la tierra, regocijaos de la fuerza de los alemanes.

Para mi elogiare los muertos que les produjimos y felicitaré al planeta de tener aún sobrevivientes alemanes.

Sus hombres son muchos y valientes. Arrastrados por la fiera exigencia de sus jefes, procedieron ellos honrando la historia con numerosas proezas.

Bendita la fe de aquellos que se atreven a renovar la imagen del mundo según el ideal que acarician.

Con el orgullo de las razas maduras, así premeditaron vuestros amos, alemanes. Y vuestra obediencia arrastró en vuestra sangre esta nueva invasión de grandeza en el mundo.

Generosa ambición de los pueblos fuertes que se agotan por alcanzar lo absoluto del poderío y que se entregan a merced del sueño temerario de propagar mas allá de sus horizontes el ideal que adoraron sobre su suelo.

Y cuando en fin, esta plenitud haya sido alcanzada, que ella se extinga de un golpe en el esplendor del paroxismo antes que borrada en los pacíficos agotamientos.

Hace un siglo solamente.

Los franceses forjaron contra la paz del mundo su idea dominatriz.

Y en veintitrés años sus ejércitos labraron Europa con el cruel acero de la buena nueva. La idea estaba sedienta de sangre.

Pero ¿qué diez batallas y los alemanes dejan de pensar en sus reyezuelos ineptos.

Hoy, boca a boca, en la estrechez del cuerpo a cuerpo, el alemán nos insufla un ardor nuevo para crear el mundo.

Contra el estupor de los pueblos ¿qué cosa mejor que el cañón?

Os he combatido, alemanes; pero jamás he tratado de negaros.

¿Cómo podría dejaros de amar? Porque amo en vosotros lo que no está en mí.

Con nuestra resistencia pudisteis desplegar todo el esfuerzo, la total grandeza.

Y la lucha nos exaltó.

Al fin somos iguales en el triunfo sobre la muerte.

Santo odio que nos separa y que nos permite embellecer el mundo con el estruendo magnífico de nuestra diferencia.

En la pintoresca imperfección de la vida, nuestra mutua ignorancia es una apasionante aventura.

No renegaré de Charleoi. Porque fué allí, gracias a vuestro desafío animador, que conocí el minuto del cual no se puede dudar jamás.

Cuando cargué contra vosotros, a ochocientos metros, con mis deliciosos franceses, vuestras ametralladoras nos dieron una severa lección de técnica militar.

Después de ese primer día, los años se deslizaron monótonos y conocimos en las trincheras una bestial abstracción.

Aún en Verdún perdía yo la cabeza y rechazaba el dolor.

Pero, recordemos lo que es la vida. ¿Se puede pedir algo más que la justificación de un minuto?

La paz con el amor —oh Don Juan! La paz con Dios — Oh Pascal!— Dió ella más.

Silencio sobre el arte: mientras tanto estamos desterrados.

Para algunos hombres pronunciaré este peligroso voto: que nuestra dulzura sentada en la satisfacción y la certidumbre reciba con mano cerrada su violencia insatisfecha.

Que nuestra inteligencia reconozca la verdad de su instinto y juzgaremos que la guerra es buena como ellos la sienten.

No la guerra que explota y destroza vidas.

Pero la que amenaza, la guerra latente en la actividad del mundo, la guerra que organiza una circundante atmósfera alrededor de los pulmones humanos.

La guerra, germen eterno en el corazón de la paz, punto maligno que consume antes de tiempo su plenitud.

No son muy sutiles los que solamente elogian la guerra declarada. Ella opera una benéfica despedida entre las energías secretas y las que ya están taradas de disolución.

Pero, más que todo, los combates inscriben los resultados de la guerra virtual, esta soberana presencia en tiempos de paz, del alma de la guerra; en fin, del espíritu de inquietud que egagula el mundo.

Yo conozco una vanidad en mi grito: Exalto la guerra porque ella es hermana de la grandeza.

La guerra hace explotar como una virginidad. la grandeza de un pueblo joven, hacia donde pugna a toda costa la violencia de un pueblo que culmina.

Pero, todo es signo de muerte para el que marcha hacia la muerte. La guerra mata a los pueblos moribundos.

Que una raza muera en cruenta lucha de carne fresca antes que en el lecho de la senilidad. Tal es la suerte que quisiera para mi Francia si algún día la fortuna se cansara de protegerla.

Y más allá de la Francia está la aventura humana, la historia, ese delicado equilibrio entre la barbarie y la civilización.

Entre la piedad triunfo mortal y la crueldad servil y fecunda,

La vida será siempre una bestia lista a explotar.

PIERRE DRIEU LA ROCHELLE.

Traducción de PABLO ROJAS PAZ.

Este poema está incluido en el libro "Interrogation (Nouvelle Revue Francaise, 1917).



En nuestro próximo número publicaremos la primera traducción del formidable poema de Luis Aragón

HAZ Y ROMPETE

por Bernardo Graiver

Ser cóndor, volar de cumbre en cumbre, de pináculo en pináculo, anidar en las cúspides, bajo una bóveda cerúlea, sombría o crepuscular, cernirse en las alturas, para atalayar al mundo.

Remontar el más allá, en un batir ansioso de lo sideral enhiesto siempre, cual si quisieras con tu esta perforar el firmamento.

—Ser siempre, en la calma como en el fragor, en el empuje como en la quietud, en lo ignoto y en lo conocido, en el peligro y en lo seguro!

Lánzate decidida y valientemente! Embiste sin titubear, a tesón y a porfía!

Ríete de los elementos que en torso tuyo voraginosos braman, de los peligros mil que te asechan, vuela... vuela... que ante ti el cielo se ahueque, el horizonte se dilate, se abran los mares y las tierras, y empequeñezcan los seres y las cosas!

—Y aun cuando herido, no rindas tus alas! No!

¡Contra el cazador medroso, que desde abajo, a traición — como todo lo que desde abajo viene — ha clavado en ti su mortífero plomo, no rindas tus alas!

¡Bate el último vuelo, remonta la cima más alta al pie de un hondo abismo, y con gesto arrogante contempla al mundo por vez postrera, y que comience tu rodada así... que tu cabeza se destruya en los agudos y salientes picos hasta el abismo negro y sin fin!

Que tu rodada sea tan majestuosa, portentosa, atronadora, que haga estremecer en tu caída las montañas y las cosas como antaño en tu triunfal remontada, y rodando así... estrepitosamente, sonoramente hasta allá, donde ninguno te verá, para que todos sepan que muere el rey de los espacios!

UN DOCUMENTO SENSACIONAL

CONTRA, en su segundo número, iniciará la publicación de una novela inédita, de Marco Galli y Mario Martínez de Arroyo. Lo que no se dijo aun de Mussolini, será estampado en CONTRA. Se trata de un documento que causará sensación.

La Educación Pública es un Servicio del Pueblo

por Atilio Torrassa

El ministro de Justicia e Instrucción Pública resolvió suspender por tres años a once alumnos del curso nocturno del Colegio Nacional Sarmiento, anular el examen de otro — que ya estaba suspendido por un año — y apercibir y trasladar al rector y al vicerrector de ese establecimiento. La medida se funda en las constancias policiales de que esos alumnos profesan ideas comunistas y al hecho de que los funcionarios aludidos no los hayan eliminado de la escuela, usando para ello de la facultad de reunir al consejo de profesores, que es el juez legal de los alumnos.

PENAS EXCESIVAS—

La resolución citada no es un modelo de ecuanimidad. De los extensos considerandos, resulta que los profesores y el rector y vicerrector, no encontraron tan peligrosos a esos jóvenes como para eliminarlos de la escuela. Se dirá que el rector ocultó que esos alumnos estaban prontuariados como comunistas; pero esta referencia a actividades extraescolares en nada afecta la condición de alumno, que se valora por la actividad dentro de la escuela. Más aún: el decreto no dice que dos inspectores de enseñanza secundaria, hombres de prestigio y nada sospechosos de parcialidad, estuvieron por largo tiempo en esa escuela en carácter de interventores, sin que nada les advirtiese que la disciplina y la seriedad de los estudios hubiesen decaído en el curso nocturno del Colegio Nacional Sarmiento. Por último, la misma Inspección general, de acuerdo a esos informes, declaró que este colegio desenvolvía su actividad normalmente, y que nada indicaba la existencia de focos subversivos en la misma.

CONCEPTO EDUCATIVO—

Y con un criterio que hace honor al inspector general, este funcionario propuso al ministro, según los transcriptos en un considerando de la resolución, "una incitación al rector y a los profesores de los alumnos cuestionados a fin de que observaran cuidadosamente sus actividades durante las clases y recreos y a que ejercieran especialmente sobre los mismos una acción orientadora dirigida a substituir las ideas extremistas por ideas de orden, disciplina y sentimientos de amor al país".

Quiere decir que el asunto relativo a los alumnos estaba terminado, pues habían fallado el juez natural de los mismos, o sea el consejo de profesores, dos inspectores de enseñanza secundaria y el inspector general, todos de una manera concordante, en cuanto a ejercer una acción educadora sobre tales alumnos.

MAS PAPISTA—

Pero el ministerio no está conforme. Y en vez del criterio educador y humano que se le aconsejara, adopta el procedimiento marcial de suspenderlos por tres años. Al mismo tiempo, porque el rector y el vicerrector —conocidos por su actividad en entidades titulares nacionalistas—, no informaron que en cierta fecha pidieron vigilancia policial del edificio de la escuela, cosa que puede resultar de una simple sospecha o apreciación personal, desprovista de trascendencia, aparte de que tal cosa es de atribución de tales funcionarios, los apercibe y traslada.

Es ésta una medida contraproducente, puesto que el rigor no corrige, sino encoña; y desprovista de valor educativo, pues aleja la posibilidad de influir favorablemente en esos alumnos. Por otra parte, sienta una doctrina peligrosa en un país democrático, como tal basado en el triunfo pacífico de las ideas, incluso—si ellas tienen suficiente fuerza de convicción—las que pregonan cambios en nuestro régimen económico que es imperfecto y mudable, como todo lo humano. Oponerse a todo cambio, declarar la guerra a los que propagnan reformas, es convertir, como en Alemania, Italia, etc., la propaganda de ideas en guerra social.

DOCTRINA PELIGROSA—

Por otra parte, ello implica que la escuela

del pueblo, sostenida por todos — para el Estado cobrador, no hay diferencias — sólo beneficiaría a los que profesen determinada ideología (en este caso, gozarían de las mayores ventajas los que profesan ese fascismo disimulado de nacionalismo, que es también extremista, quierase o no). Es establecer, como requisito de admisión la pesquisa acerca de las ideas políticas o sociales del presunto

Lenin etc. (viene de la

para comprender que él está desde luego más cerca de Dios que de los hombres. Y en cuanto a Napoleón, la línea final del Boleín que anunciaba a la Francia la pérdida total del Gran Ejército de la campaña de Rusia, decía simplemente: "La salud de Su Majestad nunca ha sido mejor". Hasta aquí los héroes tradicionales. Pero Lenin no tiene ningún punto de contacto con los héroes tradicionales, excepción hecha del genio. Clara Zetkin lo observa con inteligente y certera mirada durante uno de los congresos de la Internacional "Entenamente confundido con la masa de las camaradas, de la misma pasta que ellos, él no era más que un hombre entre tantos otros". ¿De la misma pasta? Este lugar común es sin embargo la única frase capaz de reflejar la actitud de Lenin. Porque Lenin ama al proletariado. No es ni mucho menos el frío ideólogo, el fanático sin corazón que describen calumniosamente los enemigos, sino por el contrario un hombre lleno de calor cordial, "de la misma pasta" que la clase proletaria. Decía hablando de Paul Levi: "Yo creía que él estaba firmemente unido al proletariado, bien que hubiera tenido la impresión de una cierta frialdad en sus relaciones con los obreros, alguna cosa como el deseo de guardar las distancias". Guardar las distancias es precisamente lo que nunca ha hecho Lenin. Él se siente parte misma del proletariado, aquella parte en la que las aspiraciones confusas, el impulso histórico, la necesidad sentida pero imposible de reducir a fórmulas concretas, se iluminan conscientemente en una ancha zona de libertad. Cuando a comienzos de octubre dirigió a los dos comités más activos del Partido Bolcheviki, los de Petrogrado y Moscú, esa carta estremecida de impaciencia, en la que la frase "esperar es un crimen" se repite casi en cada párrafo, las consignas que él presenta como voz de orden son el anhelo mismo de las masas, el latido de millones y millones de seres que su cerebro — finísima antena — ha sintonizado desde el primer instante: "El poder a los Soviets, la tierra a los campesinos, la paz a los pueblos, el pan a los hambrientos". Los cuatro puntos cardinales de la insurrección, los cuatro puntos de apoyo de los cuales ha de partir la U.R.S.S. "hacia adelante, a todo vapor", por el camino de la historia.

Nad'a Krupskaja, con esa entonación especialísima, íntima y ardiente, que sólo el amor, el humilde amor del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre es capaz de hacer vibrar en la voz humana, refiere la recepción de Lenin en la estación de Petrogrado: "Las masas, obreros, soldados, marineros, se habían lanzado al encuentro de su jefe. ¿Cómo le reconocieron? No lo sé. Todo a nuestro alrededor era una mar humana que hervía... Se hizo subir a litch en un auto blindado. Comenzó a hablar. Estaba rodeado por cuanto había para él de más caro en el mundo: las masas populares". Esta compenetración armoniosa entre el jefe y la masa; esta adhesión fervida del jefe a la masa que ella le devuelve a la misma temperatura emocional, esclarecen uno de los aspectos más originales de Lenin con relación a la idea tradicional de los héroes: su efectiva bondad. Hay toda una leyenda tejida para velarla como telaraña astuta, la leyenda de la crueldad de Lenin; porque los enemigos pretenden en cualquier forma manchar con la espuma de su rabia el esplendor de la figura inmortal. Más que a las mentalidades responsables pertenece al nivel medio de la burguesía y pequeña burguesía de occidente, esta deformación grosera del rostro amigable de Lenin. Yo he leído un artículo de una revista parisién de medicina escrito por un médico francés, en el que el pobre hombre hablaba de "la crueldad anormal de Lenin", de "su naturaleza de fiera". Pero además del odio perfectamente explicable de la burguesía que ve sus intereses atacados y amenazados, hay una expresión fiel del rostro de ese Tamerlán devorador de vidas, que se forja la fácil credulidad de la masa media, alimen-

beneficiado. Y las ideas, mientras permanezcan en el terreno de la discusión ilustrada, la propaganda pacífica, no deben degollarse, como decía rudamente Sarmiento. En el caso que comentamos, las ideas de los alumnos no se habían traducido en actos de indisciplina para exigir un correctivo, ni campeaban dentro del colegio.

Sostener lo contrario, persiguiendo a unos

cionario; además de las calumnias friamente levantadas como bruma hedionda en torno al foco ardiente de la figura leniniana, hay en esta concepción deformada de la mentalidad media que sin comprenderlo siente, de un modo oscuro al héroe, una inconsciente necesidad de otorgarle los legendarios atributos del héroe. Porque precisamente, el desprecio por la vida humana, es lo que caracteriza con mayor nitidez a todos los héroes tradicionales. El héroe histórico y legendario, hasta 1917, es un ser semi-divino, el "semi-dios" que dice Goethe refiriéndose a Napoleón. Sólo la mitad de su vida pertenece a la tierra; la otra mitad reside en el Olimpo, a semejanza de la pareja de los antiguos Dióscuros. Se encuentra tan por encima de los hombres, se supone fabricado de un material tan disímil al material humano, que dispone a su antojo de la vida de esos átomos, sin remordimientos y sin escrúpulos, para favorecer los intereses de la clase que representa y para su propio personal engrandecimiento.

Quinto Curcio y Plutarco, nos ponen al corriente del carácter y de las feroces acciones de Alejandro. Sin hablar de los hombres sacrificados en esa empresa notadamente impericlista que se llama la expedición al Asia, el rey macedonio mata por su propia mano a su mejor amigo porque éste se niega a adorarlo como a un dios, y accediendo al pedido que le hace una cortesana en medio de una orgia, incendia a Persépolis. Por lo que se refiere a César, Suetonio nos asegura que "era por naturaleza dulce, hasta en las venganzas". Y para probar este aserto, narra textualmente: "Cuando se apoderó de los piratas de quienes fué prisionero, y a quienes en aquella situación juró crucificar, no les hizo clavar en este instrumento de suplicio hasta después de extrangulados". Y al historiar su actuación en las Galias, dice también textualmente: "En lo sucesivo no dejó escapar ninguna ocasión de hacer la guerra, por injusta y peligrosa que fuese, atacando indistintamente a los pueblos aliados y a las naciones enemigas y salvajes". Tales son los héroes admirados por esa opinión occidental que siente tan gran resaca por la vida humana.

Lenin, el nuevo tipo de héroe, — el héroe proletario — firma la paz de Brest-Litovsk porque la masa rusa necesita la paz, porque la primera república soviética necesita de la paz para consolidarse. Las masas no quieren la guerra, eso lo ha observado él con su certísima visión de la realidad que es casi infalible, y eso es lo que trata de hacer comprender al Comité Central del Partido Bolcheviki cuya mayoría está contra él. Y no cede, y amenaza con su dimisión hasta conseguir que la paz sea firmada. Más adelante, en una conversación durante la cual justifica las razones políticas que llevaron a la Unión Soviética a firmar la paz con Polonia, agrega por su parte un párrafo emocionante de calor humano: "Pero, en principio, teníamos el derecho, sin ser impulsados a ello por una necesidad imperiosa, de arrojar el pueblo ruso a los horrores, a los sufrimientos de una nueva campaña de invierno, y a nuestros héroes combatientes rojos, a nuestros obreros y campesinos que han soportado ya tantas privaciones, tantas miserias? Al ía siguiente de los años de guerra imperialista y de guerra civil, otro invierno de guerra, durante el cual millones de hombres hambrientos, helados, morirían en una sombría desesperación? Ahora mismo no tenemos más que lo justo para comer, lo justo para vestirnos. Los obreros se quejan, los campesinos murmuran que no se hace más que pedirles y que no se les da nada. No, la idea de los sufrimientos de una nueva campaña de invierno era insostenible, era preciso hacer la paz". Aquí tenemos la expresión fiel del rostro de ese Tamerlán devorador de vidas, que se forja la fácil credulidad de la masa media, alimen-

jóvenes por dudosas apreciaciones de la policía — que no es un órgano educador — es aproximarse a ese espíritu regresivo — renaciente en los países que soportan dictaduras — que condenaba a los que no creían, en la ciencia o en la religión oficial. La pena es ahora más leve, acaso porque la civilización nos ha refinado un poco, aun en la intolerancia.

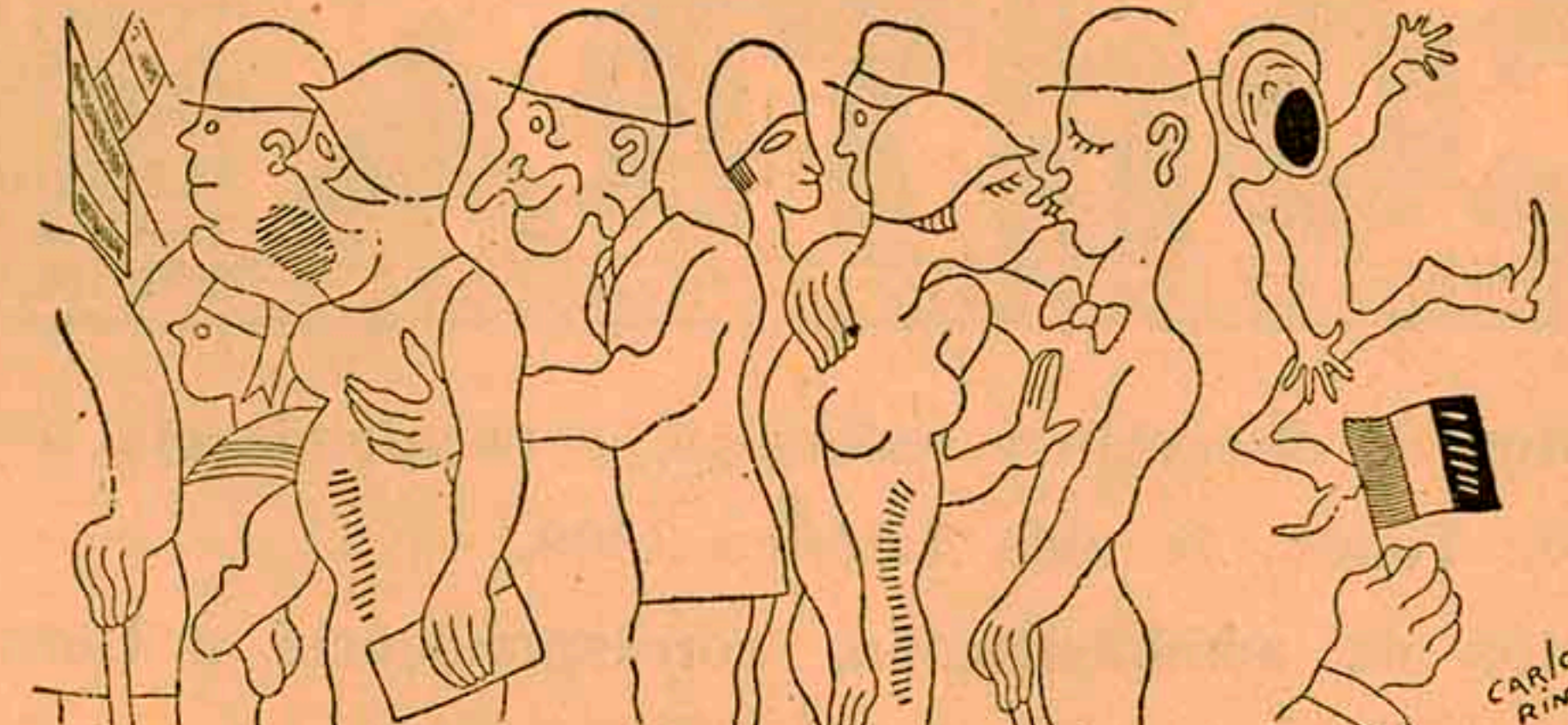
la página 9).

tada por el combustible de odio calumnioso que le arrojan la burguesía y sus intelectuales. Porque es indispensable que la masa siga admirando a los héroes tradicionales, a los que respetaban la vida: Carlomagno, que para vengar el desastre infligido a sus tropas en la batalla de Suintal, manda degollar en un sólo día, a cuatro mil quinientos prisioneros sajones; o Napoleón, que en 1813, en Dresde, dice a Metternich: "Un hombre como yo se muere de risa de la vida de un millón de hombres". (1). Pero lo más tremendo no es precisamente lo que diga, sino que la realidad de sus hechos responde a estas palabras. ¿Y Lenin? Lenin jamás se ha reído de la vida de un millón de hombres; más, ni siquiera de la vida de un hombre. Hasta los acontecimientos podrán quizás tener un desarrollo pacífico, se esfuerza por demostrarlo. En su artículo del 16 de septiembre titulado "El espantajo de la guerra civil", afirma: "Si la unión de los obreros de las ciudades con los campesinos pobres es realizable por la transmisión inmediata del poder a los Soviets, tanto mejor! Los bolcheviki lo harán todo para asegurar esta posibilidad de desenvolvimiento pacífico a la revolución". Diez días más tarde, en sus artículos sobre los objetivos de la revolución, vuelve a insistir: "Nosotros debemos hacer todo lo posible para asegurar una última posibilidad de desenvolvimiento pacífico de la revolución". Y más adelante: "Si los Soviets tomaran el poder, podrían aún ahora — y es probablemente la última ocasión —, asegurar el desenvolvimiento pacífico de la revolución, la elección pacífica por el pueblo de sus diputados, la concurrencia pacífica de los partidos al seno de los Soviets, la experimentación del programa de los diferentes partidos, el pasaje pacífico del poder de un partido al otro".

Ciertamente, después de estas esperanzas llega la realidad del terror. Pero no por eso han sido menos pensadas, anheladas, escritas. Y el terror, no son las masas revolucionarias quienes lo provocan; aunque Lenin desde el primer momento se dé cuenta de su imperiosa urgencia, y lo exija. El terror, al igual que ocurriera en la Revolución Francesa, lo impone como una necesidad la reacción misma. Es la burguesía, desolada del poder pero no vencida, que se vende a todas las potencias capitalistas, la que provoca el terror: son Kolchak, Denikin, Yudenitch, los que traen el terror atado a la cola de los caballos de sus ejércitos de bandidos. Lenin es bueno, profundo y esencialmente bueno, pero no es de ningún modo un sentimental pequeño-burgués, sino el jefe de la revolución proletaria. Y cuando por fin se echa mano del terror — remedio extremo —, lo sostiene, lo sostiene hasta sus últimos límites, como la más elemental defensa de la revolución.

Pero esta sobrehumana lucha del proletariado ruso, guiado y alumbrado por el genio de Lenin, esta lucha por la realización del socialismo cuyos soldados se ven constreñidos a apoyar la espalda sobre la ensangrentada columna del terror, nada tiene que ver con las frías masacres, con el aniquilamiento monstruoso de los hombres para su individual engrandecimiento, que ha sido siempre la tarea acostumbrada de los héroes tradicionales. Para Alejandro, para César, para Carlomagno, para Napoleón, el poder es un fin, algo que les pertenece por derecho de nacimiento o de conquista, y del que disponen a su antojo en vista siempre de su propio interés, de su mejor placer. Para Lenin, el poder no es más que un medio, el medio de realizar el socialismo. Los héroes tradicionales, gracias a este poder que consideran su propiedad privada aparecen ante la historia y han deslumbrado por largos siglos los ojos de los hombres, en medio de un escenario centelleante, entre el chispear de las pederías y el prestigio del oro, de la púrpura, de los séquitos. Alejandro vive rodeado de una pompa oriental; sus viajes de uno a otro país conquistado eran una bacanal perpétua, y cuando se casó ofreció un banquete de 9.000 convidados en el que todos tenían copa de oro. "Y a este respecto fué todo lo demás en maravillosa manera", agrega refiriéndolo el historiador ingenuo, Carlomagno, fiel al gusto bárbaro de la Edad Media, se cubría de pedrías preciosas desde la diadema hasta las sandalias; el puño de su espada era de oro macizo, y el oro resplandecía como el sol en sus vestiduras. Los que tuvieron que conquistar el poder

(1) Esto de "se muere de risa" va por mi cuenta, pues la expresión napoleónica, como fácilmente se comprende, es bastante más rotunda.



"Armisticio", dibujo de Rim

también se acostumbraban fácilmente a sus durazuras. César vivía en una modesta casa del Suburra, el barrio popular de Roma; pero cuando se hizo dueño de la República, se alojó en un palacio de la Via Sacra, tuvo casas de campo, colecciones de perlas, gemas, esculturas y cuadros antiguos. "Pagaba a precios exorbitantes los esclavos bellos y diestros, y prohibía anotar estos gastos tanto le avergonzaban a él mismo", dice Suetonio, que en su helada impasibilidad no se detiene ante ninguna lacra. Tuvo además una silla de oro en el Senado, y otra en el tribunal; un lecho sagrado y estatuas suyas junto a las de los dioses. La época no permitió a Napoleón disputar a Cristo sus altares; pero el pequeño subterfugio de artillería, reducido a vivir en una pieza, el general de la república que a los veintiseis años pasea sus ropas miserables y su estómago vacío por las indiferentes calles de París, apenas llegado a Primer Cónsul tiene ya como residencia un palacio, al que con su teatralidad habitual califica de "sombrio y pesado como la grandeza". Y poco más tarde el emperador burgués instalado en el viejo palacio de los Borbones, es el hombre más rico de Francia y lleva sobre los hombros el manto de armijo bordado con las abejas de oro, símbolo imperial. Ciertamente, nadie podrá decir que los héroes tradicionales se queden cortos cuando se trata de gozar del poder. Y como el poder es la esencia misma del Estado, y como el Estado es el órgano de dominación y de opresión de una clase sobre lo restante de la sociedad, hemos de deducir lógicamente que los héroes tradicionales son maestros en el arte de oprimir a las clases productoras, y maestros en el arte de gozar los resultados de esa explotación. Pero nuestro héroe, nuestro héroe marxista, el primer héroe proletario, Lenin, ¿qué semejanza tiene con este grupo tan magníficamente adornado? Ya hemos dicho que ninguna, excepción hecha del genio. Para Lenin, el poder no es su propiedad privada, sino la propiedad colectiva de toda la clase obrera, la dictadura del proletariado. El, personalmente, nada tiene que pedirle al poder, simple instrumento por medio del cual el Estado revolucionario, la Unión Soviética, marchará hacia la realización del socialismo primero, del comunismo después.

Como antaño Napoleón, Lenin se ha instalado en el viejo palacio de los Zares, porque es el jefe del Gobierno y la sede del Gobierno el Kremlin. Pero en la bárbara y esplendorosa ciudadela, céntrica de murallas, coronada de cúpulas, donde la secular dominación de los despotes ha acumulado todas las magnificencias y todos los tesoros, Lenin, el jefe del gobierno de la Unión Soviética, el jefe del proletariado revolucionario mundial, no ocupa más que cuatro pequeñas piezas, las mismas que pertenecieron a la servidumbre del intendente de Palacio. Y aún si ocupa cuatro piezas es porque viven con él su compañera y su hermana. Clara Zetkin, que lo visita allí, constata: "Me he encontrado más de una vez en alojamientos obreros, amueblados hastante más cómodamente que el del todopoderoso dictador de Moscú". El, el todopoderoso dictador de Moscú, según la jerga burguesa, y de hecho uno de los hombres que más poder han tenido sobre la tierra, tampoco se distingue exteriormente del pobre y oscuro revolucionario de París o Ginebra. Solamente que entonces comía algo mejor. Porque la Unión Soviética, atacada por toda la Europa capitalista, resiste con un heroísmo sobrehumano: "el camarada Lenin nos lleva al comunismo; nos sostendremos, por duro que esto sea", dicen los obreros rusos—, y atraviesa tiempos terribles, sin fuego y sin pan. La comida de Lenin es igual a la del último trabajador, té, pan negro, manteca y queso. Y con tan misero alimento su cerebro —falta que rasga las tinieblas del hambre, de la angustia, del ataque interno y externo—, su cerebro ha de trabajar incansablemente, de día y de noche, hasta que caiga exhausto. No hay en su noble sustancia un solo grano de impureza, hubiera dicho Shakespeare.

Y tuvo la felicidad de que los seres que más íntimamente le rodearon fueran dignos de él, lo cual es el más grande elogio que pueda hacerseles. Los escritores burgueses al considerar la vida privada de Lenin, y encontrarla tan normal, tan equilibrada y tan limpia, se añanan para proclamar pequeño burgués este aspecto de su existencia. Y aquí también se muestran llenos de desconcierto ante la oposición entre el héroe proletario y la idea tradicional de los héroes. El héroe tradicional, el de la línea de Alejandro, César, Carlomagno y Napoleón, ha de tener amores ruidosos, escándalos, ha de atropellar a los vicios, infamia, tanto más grande pues, ha de ser un héroe, si puede revestirse con el brillo especial que procura ante la moral burguesa un vicio infame. Pero Lenin no tiene vicios de ninguna especie. Su robusta naturaleza es pura y ardiente como el fuego; su existencia, una fuerza genial puesta al servicio de la revolución. Y en toda su vida, históricamente al menos, no hay más que un nombre de mujer, el de Nadia Krupskaja, la compañera de la juventud y de la madurez, de la derrota, y del triunfo, y de la muerte; identificada con Lenin hasta el extremo de que ambos justifican la sentencia del Código de Manú: "El ser humano completo se compone del hombre y la mujer". "Es imposible hablar de él sin pensar en ella", dice Clara Zetkin. Y los escritores burgueses, estupefactos, se preguntan: ¿Cómo es posible que un héroe se nos presente así? Acaso Alejandro no tuvo, fuera de las de las orgías, dos mujeres, una de las cuales hizo asesinar a la otra? ¿Y César, de quien llegó a decirse que era el marido

de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos; a quien sus soldados anunciaban en Roma gritando: Ciudadanos, esconded vuestras esposas que traemos al calvo libertino? ¿Qué hacemos de Carlomagno, con sus cinco esposas y sus cuatro concubinas y de Napoleón, Josefina, María Luisa, la condesa Walewska, la bella George, y tantas otras más? Pero en la vida de Lenin no hay más nombre que el de Nadia Krupskaja. ¡Oh, el pequeño burgués, gritan condolidos los escritores occidentales. Malaparte ha basado en esta sola exclamación todo su libro pedestremente escrito. La tradicional idea incrustada en sus cerebros, de que

miliano Robespierre. El vencido de Thermidor no pertenece a la línea histórica de los héroes tradicionales; pertenece a otra, muy reducida, y a la que podríamos llamar la línea de los héroes réprobos. Los integrantes de esta línea se asemejan también entre sí y lo que es más extraordinario se asemejan en algo a Lenin. "La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases —dice el Manifiesto—. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, maestros artesanos y compañeros, en una palabra, opresores y oprimidos, en lucha constante

nacen los Robespierre", que pronunció Plejánov refiriéndose a Lenin, podía ser aceptable antes de que el triunfo le hubiera permitido poner en evidencia la máquina ultrapotente de su genio; pero nunca después. Sin embargo, si a alguien le correspondiese legítimamente el título de precursor de Lenin, es sin duda alguna a Robespierre. El mismo Lenin lo reconoce implícitamente cuando escribe: "Los historiadores del proletariado ven en el jacobinismo una de las etapas más altas del movimiento ascensional de la clase oprimida en la lucha por su emancipación. En la Europa que linda con Asia, en Rusia, y en el siglo XX, el jacobinismo sería el gobierno de la clase revolucionaria, el proletariado, que apoyado en los campesinos más pobres y cimentado sobre las bases materiales que ya existen para el movimiento hacia el socialismo, no sólo renovaría la grandeza, la fuerza indeseable de los jacobinos del siglo XVIII, sino que podría llevar a los trabajadores del mundo entero al triunfo definitivo... El jacobino que ha unido su causa indisolublemente a la organización del proletariado, y que tiene la conciencia de sus intereses de clase, es el bolcheviki". Esto por lo que se refiere a Robespierre. Pero también fueron en cierta medida precursores de Lenin, Riensi, Tibério Graco y Agis de Esparta. Todos ellos tienen, dentro de las modificaciones inevitables inherentes al medio histórico, los caracteres del héroe proletario. Y todos fueron a la muerte porque las circunstancias históricas adversas, rebeldes a cualquier transformación, no podían tornarse propicias para condicionar el triunfo mas que en nuestro siglo XX en el que el triunfo fue logrado.

Semejantes a quien, dotado de escasas fuerzas, se lanza en una carrera desesperada y cae exhausto mucho antes de llegar a la meta, todos perecieron bajo los golpes del enemigo de clase después de haber empeñado una lucha no por vana meta merecedora de recuerdo. Y todos hubieran podido repetir en su agonía las palabras de Juan el Bautista: "Viene tras de mí el que es más poderoso que yo".

IV

He afirmado que Lenin es el primer héroe proletario, y quizás pueda objetarse que a la verdad de esta afirmación se opone la existencia previa de Marx. Marx, es por cierto, de la misma talla que Lenin; el genio y la dimensión titánica de las proporciones son en ambos idénticas. También es idéntico el impulso de lucha, porque aunque filósofo enorme y forjador de la doctrina, del arma dialéctica del proletariado, Marx tomó parte en la acción, ya organizando la clase obrera, ya en el medio mismo de la pelea, durante las revoluciones que convulsionaron la Alemania en la mitad del siglo XIX. Pero las circunstancias históricas fueron adversas para Marx como hombre de acción. Si hubiéramos de clasificarlo siguiendo a Carlyle, tendríamos que considerarlo como un héroe como un revolucionario, más que un jefe político. Y nunca llegó a ejercer el poder. De aquí que el héroe por excelencia, el jefe triunfante, y en tal sentido el primer héroe del proletariado, es Lenin.

V

Hay una obra escultórica llena de majestuosa gravedad y de belleza severa, titulada "La muerte del Leodice". En ella un grupo de obreros conduce a la tumba el cadáver de Lenin. Lentamente, agobiados no por el peso del cuerpo, sino por el del dolor, los hombres descienden las anchas gradas con pasos y movimientos de lasitid infinita. En un enero de hace nueve años, ese mármol era fúnebre realidad; el proletariado ruso conducía a la tumba el cuerpo de Lenin, escoltado por toda la gigantesca masa del pueblo. Y desde ese día, su nombre no ha hecho más que crecer en fuerza y sugestión.

Hemos demostrado que no tiene hermanos en la historia, pues se diferencia de todos sus iguales en genio por carecer de individualismo, de egolatría y de cualquier forma de egoísmo. ¿Pero sus iguales en genio? Los héroes tradicionales hicieron lo que ya otros habían hecho antes que ellos; Lenin fue también el primero que debió marchar solo, abriendo el intrincado camino en el que adelantaba guiado únicamente por la brújula marxista. Todos los héroes tradicionales fueron opresores y dominadores; él es el primer héroe libertador, el héroe de la Era proletaria.

La palabra internacional le queda ya pequeña; sólo le conviene el epíteto de universal. Jamás hombre alguno ha sido más universalmente amado a lo largo de toda la historia. En las regiones más lejanas, más bárbaras, más salvajes; en las ciudades vertiginosas del imperialismo; en las aldeas extáticas al margen de la vida, donde quiera que los hombres giran bajo la opresión de otros hombres, el nombre de Lenin se repite con amor y con esperanza, como una promesa de liberación. Y si yo he evocado en estas palabras su memoria, es porque también luché y espero. Es porque quiero que su formidable ejemplo penetre en nuestras venas como una oleada de vida, y nos haga dignos —hoy, mañana, siempre— hasta la victoria—, de formar, como él quería, "en la marcha uniforme de los ejércitos de hierro del proletariado".

Nydia Lamarque.

Buenos Aires, Enero de 1933.

Buenos Aires, vista por un Escritor Mejicano

por Fernando Robles

Desde París, en aquellos días en que estaban de moda los tés del Washington Palace y de Armonville, yo traía metido en el corazón de Buenos Aires. ¿Por qué? Sinceramente confieso mi pacado vulgar: no era por su grandeza de primera capital latina de América, sino por el tango, por el tango cadencioso y triste en que yo arrastraba mis amores de estudiante de la Sorbona.

Después, de año en año, durante las vacaciones me di a correr por Europa, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Era toda una aventura mitad literaria, mitad sentimental, vivida en una minúscula voiturette Samson. Y cuando ya eran para mí familiares las mañanas de sol en la Villa Borghese, de Roma, las tardes de toros en la temporada formal de Madrid y las noches epilépticas de música zingara en la Isla Margarita, de Budapest, entonces mi ilusión volvió a encenderse con otra ansiedad: Buenos Aires!

Pero México, mi patria, me reclamaba, era preciso regresar para ir a nuestro campo a peinarlo, a fecundarlo con todas las enseñanzas recogidas por el mundo. Y, en plena hacienda, en la casona colonial bella como un alcázar moro, qué oigo! el tango, el tango de Buenos Aires en fraternal compañía de nuestras canciones rancheras.

En las tardes domingueras, en que el automóvil me arrancaba de los trigales para irme a soltar en medio de los salones de los casinos pueblerinos, entre dos "foxes" tenía que escuchar un tango. Entonces la voz mexicana cantaba doliente y nostálgica: "Corrientes 348, segundo piso ascensor, no hay portero ni vecinos..." Y aquellas palabras evocadoras de un ambiente sentimental y desconocido aguijaban reciamente todos los corazones y echaban a volar los pensamientos... Partir: Vivir una aventura de amor en la ciudad del tango!

Y más tarde el destino irremediable del peregrino del mundo precipitó al porvenir. Como en el cine la tragedia se presenta inopinadamente en la felicidad de la hacienda; hay tiros, un combate fiero, y luego, siempre como en el cine, la huida, el adiós a la casita blanca, a la madre querida, a los campos empurpurados de sol y de sangre...

Así, un buen día, en un clamor triunfal de sirenas marítimas, prendida entre cuatro o cinco chimenas trasatlánticas, aparece Buenos Aires. Mi corazón se extremeció al compás del panorama nuevo engalanado con todas las banderas del mundo. Buques, buques que enfilan la proa hacia el puerto, buques que rompen el agua turbia del río buscando el mar, y otros muchos amarrados a los muelles descargando y cargando... son la primera palabra de bienvenida al viajero: Prosperidad!

Luego, en plena ciudad, se experimenta una sensación de desasosiego, las calles son estrechas y el tráfico absurdo, mientras uno espera de frente la acometida del autobús. Éste ruge enfurecido por la espalda. Entonces hay que reacomodarse el instinto a esquivar el peligro rodante de la calle, no estamos en Nueva York, ni en París, ni en México, aquí el tráfico, como en Berlín, marcha al revés del resto del mundo. Y mientras tanto la calle ensordece, antes de llegar a una esquina ya ha pasado uno dos tiendas que venden discos de fonógrafo o radios y, así, nada más de pasada, ya le han recetado a los transeúntes su tanguito queumbroso o su canción... y entre todo ese barullo ensordecedor aún se abre paso continuamente una voz chillona "Se lustra".

¿Buenos Aires está en feria? ¿Es un gigantesco bazar? Ni en Nueva York,

ni en Londres, ni en Berlín, he contado tantas tiendas. Broadway, Oxford Street, Friedrich Strasse, no pueden competir en cantidad de establecimientos comerciales con ninguna de las calles céntricas de Buenos Aires. Parece que la mitad de la población de la capital argentina está exclusivamente dedicada a vender mercancías a la otra mitad que no tiene otra ocupación que la de comprar.

Y a fuerza de caminar y de perderse en las calles que vistas en el plano parecen tan fáciles de encontrar, comienza a descubrirse cada uno de los rincones urbanos. Mas, a cada paso también, surge una sugerencia similar a la que aparece en las ciudades norteamericanas: la ciudad tiene el alma del campamento, parece fugaz, como destinada a desaparecer violentamente para ir a emerger un poco más distante y siempre más bella; es el vigor fecundo de la creación de América, es por eso Buenos Aires, a pesar de su europeísmo, bien nuestra, continental.

Mas, dejemos un poco de admirar a la ciudad para contemplar sus habitantes. Me sorprende. ¿Es posible? ¿Cómo es que no escuché al pasar charlas en inglés? Las gentes son tan parcidas a las de Nueva York! Las mujeres son tan lindas y de tipos tan variados! Hay tanta rubias a la vista! Sólo en los Estados Unidos, y especialmente en Nueva York, he visto una raza tan bella. Pero esto es explicable, el producto se debe al mismo proceso: el cruce amoroso de las razas. Mas, pasado el asombro, me fijo mejor. Mientras en los Estados Unidos el norteamericano ha seguido una inclinación fisiológica hacia los rasgos étnicos germanos y sajones, aquí ésta se manifiesta para el lado latino, italiano y español, más italiano que español.

¿Y las diversiones? Casi preferiría no hablar, porque podría molestar la susceptibilidad argentina. Las diversiones, sobre todo para el extranjero, que aquí lo es toda persona que no tiene familia en la ciudad, resultan pesadamente cargadas de "opio", para usar la expresión porteña; este cumplido que me perdone lo otro.

Aquí los teatros adolecen de todos los defectos de los españoles e italianos; los cuadros artísticos no son ho-

mogéneos por rivalidades profesionales y su escenografía es de una pobreza increíble en unaciudad tan rica y poblada. En cuanto al valor intrínseco de las obras no se puede hacer un elogio salvo en muy contadas ocasiones.

Esto en cuanto a espectáculos públicos. Ahora, con respecto a la diversión humilde y pasajera como la de los cafés, sería menester escribir un libro. El café como centro de reunión es aquí desconcertante. ¿Acaso no hay mujeres en Buenos Aires?, se pregunta uno al ver a centenares de hombres agrupados en las mesas de los establecimientos más elegantes y bien servidos del mundo. Pero pronto me entero de la realidad: es aquí los sexos viven separados, casi enemistados: las mujeres van solas o acompañadas de varón a un salón adyacente al café y que llaman "Salón para Familias". Las deducciones de semejante ocurrencia tan extraña no pueden ser muy favorables en el razonar del recién llegado. Esa separación hace pensar cosas que dichosamente son absurdas pero que, de todos modos, resultan desagradables al forastero y a la ciudad. De paso es justo hacer constar que ni en España, tierra que fuera largamente fanatizada por los escrúpulos religiosos, existe una separación de esa naturaleza, y aquí, en una gran capital del Nuevo Mundo, con una población integrada por elementos de todas las razas, aparece este resabio musulmán!

¿Bailar? En Buenos Aires sencillamente no hay donde bailar, porque los cabarets no son otra cosa que los salones antiguos de California o del Middle-West, aun cuando muy embellidos y modernizados, donde se iba a explotar la fanfarronería de los buscadores de oro o de los vaqueros enriquecidos. El cabaret francés y el night-club inglés o norteamericano, donde se reúne todo el mundo a pasar un rato alegre y no exageradamente costoso no existe en Buenos Aires. Y, sin embargo, a pesar de todo ese aburrimiento que acaba por convertirse en tristeza, uno comienza poco a poco a tomarle gusto a la ciudad y, cuando este proceso se ha iniciado, nunca se sabe dónde va a terminar, porque el amor a Buenos Aires es como una enfermedad maligna: a poco de descuidarse ya circula en la sangre. Buenos Aires, en resumen, es como el mate, al principio sorprende, luego sabe muy amargo, después comienza a gustar y, al último, ya no puede uno pasarse sin él. Tiene razón el tango!

Aunque lejos hay que amarte y decir toda la vida antes morir que olvidarte...

...

...

HECHOS Y CIFRAS

Hace unos días, la revista "The Yorkshire Observer" de Bradford, un gran centro textil inglés, anunció que varias hilanderías de lana de Roubaix Tourcoing se irán a instalar en Inglaterra a causa de las dificultades que experimentan para exportar las lanas al otro lado del estrecho.

"The Yorkshire Observer" aconseja a los poderes públicos de favorecer esa instalación de usinas francesas exonerándolas de impuestos durante dos años.

De modo, que los mismos capitalistas que no dejan de proclamar su patriotismo en todos los lados no vacilan absolutamente en encargar el traslado de sus empresas a Inglaterra cuando están en juego sus intereses. Ellos se preocupan bien poco de sus asalariados a quienes la emigración de la industria privaría de medios de subsistencia. Por lo demás, no es un caso aislado.

Los capitalistas alemanes dan prueba del mismo "patriotismo" que sus colegas franceses. He aquí lo que pudimos leer al respecto otro día en la "Journé Industrielle".

Solingen, reputado centro de fabricación de artículos de cuchillería, se ha orientado en los últimos años hacia la fabricación de hojas de afeitar automáticas. El éxito ha sido extraordinario, habiendo pasado la producción de 132 millones de hojas (de las cuales 68 % destinadas a la exportación) en 1928 a 750 millones en 1931 (75 % han sido exportados).

"De Monde".

Cuatro contras

Leonidas Barletta

1

Ahora es América que tiembla por la paz. La guerra sacude las entrañas de cuatro pueblos inocentes. Todavía hay retardados que creen que pueden contrar la hecatombe con un mitin, con un discurso o con un manifiesto. Nadie quiere ver que todos somos culpables de que esos pueblos vayan a la guerra. En Bolivia se dice:

—¿Qué quieren las mujeres bolivianas? Y la brutal contestación, delirante, es:

—¡Sangre paraguayá!

Es la pasión que grita. Una vez más fracasó la teoría.

Hemos descuidado la educación del espíritu; hemos fomentado el rencor...

Pero, en fin, no es el momento de repartir las culpas, sino de cargarlas y sufrirlas. Ahora, una advertencia inocente: eviten la guerra los conservadores, porque después de este nuevo desastre ya no va a ser posible conservar nada.

2

Nos llega de Europa, aunque con un atraso enorme, el romanticismo proletario. En seguida, un grupito de artistas sin éxito, sin juventud de espíritu, sin cultura, se ponen a lloriquear y descubren que la clase trabajadora tiene que emanciparse. "Hermano obrero, tienes hambre"; "Inteliz proletario"; "desgraciado trabajador, esta es tu fatiga", etc., etc.

Uno podría creer que después de las terribles experiencias sufridas, en este trágico momento social en el que todas las fuerzas encauzan sus mejores energías hacia la revolución, ya no volveríamos a estas letirillas cursis. La clase trabajadora merece un poco más de respeto. No es justo que los que viven con cincuenta años de atraso, y están pasando el sarampión revolucionario, que todos pasamos a los trece años, cuando leíamos a Zola y usábamos corbata voladora, vengan a perturbar, por vanidad personal, la marcha del proletariado hacia la conquista social.

Cuando uno se detiene frente a un cuadro donde al obrero se lo representa como al último de los vagabundos, cuando uno lee un libro donde el obrero es considerado como la escoria de la humanidad, tanto esfuerzo por arrancar lágrimas, parece que estuviera diciendo: —¡Perdóname, hermano, si tengo que exaltar tu miseria para ganarme unos pesos!

El proletariado no necesita este tipo de sentimentalismo artístico. El proletariado no necesita parásitos que lloren por él sus penas a cambio de unos pesitos. Porque lo curioso de esto es que los libros y cuadros del "dolor social", se venden como los otros. El trabajador, hoy, es más serio de lo que suponen los canchifleros del dolor social y no merece lágrimas de cocodrilo a tanto el litro. Necesita que se le despierte la sensibilidad, por eso como dice el revolucionario Liam O'Flaherty, "ni la mayor angustia del estómago vacío de alimentos es tan dolorosa como la cobardía de un corazón que reclama alivio para sus males".

3

El tipo de revolucionario de pacotilla se caracteriza por su absoluta falta de responsabilidad. Escribe contra el Estado y si lo meten preso, los parientes corren a llorar al juez por su libertad.

Interceden ante el juez media docena de condolidos profesionales y cuando lo dejan libre, se siente héroe.

En vez de andar por la calle ocultando la cara, aplastado por el perdón, se siente mártir.

Todo revolucionario de pacotilla —hablando son terribles— desea ser preso, siquiera una vez, aunque sea por equivocación, para sentirse mártir de la clase trabajadora.

¿Quién no ha sido detenido en la "semana de enero"? ¿A quién no le pasó una bala de máuser rozándole una oreja?

Es el romanticismo proletario. Una plaga que hace más daño al proletariado, que la lanosita a la cosecha.

Todo revolucionario de pacotilla lo primero que hace sonar es su nombre y esto que es hasta necesario en la cuestión artística, es innoble en la lucha social.

Sin embargo, el revolucionario de pacotilla, no admite que nadie pueda pensar en bien de la humanidad, sin su permiso.

Y al fin y al cabo, después de distraer con posturas, durante unos años, al proletariado, pasa a vegetar en cualquier puesto burocrático, disfrutando de su fama de avanzado.

4

El tiro en la oreja que tenía que recibir el agonizante teatro nacional, se lo dio uno de sus más caros hijos: el actor Enrique De Rosas.

Ya no cabe intentar resucitarlo, lo mejor es embalsamarlo para que sirva de ejemplo a las generaciones venideras.

Los que asistieron a los espectáculos pornográficos de la "compañía de ases" dirigida por De Rosas, reflexionando cuerdamente, se decían:

—¡Si estos son los ases, cómo serán los otros!

R E C O N T R A

Un amigo de la guerra

Al volver del Congreso Anti-guerrero de Montevideo, 31 delegados fueron detenidos en el puerto por orden del coronel García, jefe de policía. Algunas personas se preguntan: ¿Es partidario de la guerra el coronel García? Debía comprarse un cañoncito.

* * *

Buenos Aires de ayer

Al espectáculo del teatro Nacional, llamado "Buenos Aires de Ayer", se han incorporado los siguientes elementos:

El senador Alfredo L. Palacios.
La revista "Nosotros".
El escritor Ricardo Rojas.
El crítico Juan Pablo Echagüe.

* * *

Duelos de utilería

Basta de duelitos y de cartas abiertas. Hay que acabar con estos esgrimistas a la violeta. Aconsejamos a los muchachos que se armen de un buen palo si es que no confían mucho en los puños y esperen o bus-

quen al "enemigo". Siempre será más contundente. En cuanto a los padrinos, hay que recibirlos también a palos, para que aprendan a no prestarse a farsas ridículas.

* * *

Doll - Scalabrini

Parodiando a un cronista que bruloteó en "Crítica" al autor de "Mientras los plátanos se deshojan", diremos: El Japón avanza sobre la China; Matsuoka se retira dramáticamente de la Liga de las Naciones; bolivianos, se trenzan en defensa de intereses yanquis e ingleses; Mac Lcnaid y Mussolini paren un pacto contra Rusia; la guerra es inminente; Hitler destruye sindicatos y degüella ciudadanos; un barco sale para Ushuaia, cargado de obreros; lios en Norte América, en Francia, en todos los rincones del mundo... y, mientras tanto, dos mediocres escritores argentinos, Ramón Doll y Scalabrini Ortiz, sostienen un duelo a mata-gatos.

* * *

Los delatores

31 delegados al Congreso Anti-guerrero de Montevideo fue-

ron detenidos al llegar a Buenos Aires por elementos de la Policía de Investigaciones de la Capital. Pocos días antes había aparecido en "La Vanguardia", órgano del partido Socialista, un artículo con doble intención. En él se acusaba a los comunistas, organizadores del Congreso, diciendo que se trataba de una maniobra... A eso ha llegado el partido Socialista de la Argentina: a la delación.

* * *

Gálvez v. Glusberg

En la trastienda de la justicia acaba de solucionarse un gracioso pleito. El señor Manuel Gálvez acusó al señor Samuel Glusberg (¡dos personalidades, sin duda!), porque Samuel Glusberg había dicho que Manuel Gálvez era un perfecto idiota, y además, un sordo. Primeramente el nombrado Glusberg dijo que él no se había referido al hombre ni al abogado sino al escritor. Pero el nombrado Gálvez insistió obligando al nombrado Glusberg a rectificarse ampliamente.

Vale decir, Glusberg se achicó. Nosotros no sólo creemos que Gálvez es sordo, sino también que se trata de un lío de idiotas perfectos o perfectos idiotas.

* * *

Contra la poesía

Nada ha hecho más mal a la poesía que la insistencia de Berta Singermann en recitar versos y de las innumerables y denodadas personas que atacan furiosamente los micrófonos. Pero esta campaña contra la poesía nos recuerda la graciosa campaña contra el comunismo. Ambas, a la larga, y por contraste, favorecerán a la poesía y al comunismo.

* * *

Una peña gaucha

EXISTEN en Buenos Aires muchas peñas. Una de ellas se llama "la peña gaucha". Nada más ridículo que este remedo de pulpería, clavado en un sótano del centro de la ciudad y frecuentado por gente horterera y anodina, inexistente, como el gaucha. En el sótano se ven tranqueiras y alambrados, precisamente: la tristeza de la pampa, la injusticia de la pampa.

* * *

La fosa común

Arturo Capdevila aquí reposa. La tierra está demás en esta fosa. Dejada pues, que toda está de sobra para, enterrarlo, basta con su obra.

— i i i —

En un sembrado de col donde un burro patata, reposa, aunque no lo crea, otro burro: Ramón Doll.

— i i i —

Apresúrate viandante para evitar un cox no sea que se levante el señor Martínez de Hoz.

— i i i —

De Augusto Gánzález Castro no hallarán aquí, lectores, más que el misterioso rastro que dejan los "regadores".

— i i i —

No me importa cuatro pitos este horterero consumido. ¡Nadie lo hubiera creído! ¡Tan grande, haciendo versitos!

— i i i —

¡Se puede rimar con "óleo" algo terminado en "in"? No, pero con Kinkelín se puede rimar "petróleo".

— i i i —

—Pago esta copa de whisky y algunas otras si quieres. — ¡Cuántas pagaría Benchisky por apellidarse Pérez!

PEDRITO MIGUELITO.

Una carta que viene de lejos

Moscú, 28 de Junio de 1932.

Mi querida hijita:

Acabo de recibir tu carta del 18 del etc., llegada a ésta el 26. Pero ha debido esperarme dos días en "Inturist"... Como ves, no tardó en responderte.

En cuanto a Marcelo se refiere (lo que más te interesa, según veo) he aquí lo que puedo decirte al respecto. Hablé de su caso con uno de los principales funcionarios de "Narkomindel" (Comisariado de Asuntos Extranjeros, Ministerio de Estado). Ya estaba al corriente de la cosa por el secretario de embajada de París, a quien yo había escrito sobre el particular. Esta es su respuesta: Si Marcelo (1) fuese un "especialista" — o sea ingeniero, técnico o sólo obrero calificado — la cosa resultaría de lo más simple. Se le haría firmar un contrato de trabajo por dos o tres años y se le haría venir hasta ésta, aunque fuera desde Argentina, pagándole el viaje. Pero sin tener una profesión netamente definida, sin un oficio determinado — no es esto posible. He dicho, desde luego, que Marcelo tuvo ya ocasión de ejercer durante algunos meses, en Argentina, la profesión de tractorista, trabajo que se realiza en condiciones parecidas a las de la Rusia actual; que posee buena instrucción general y conocimientos particulares en mecánica. Todo esto, desgraciadamente, es bastante dudoso y el funcionario en cuestión, no puede comprometerse, no obstante su deseo manifiesto de servirme, a nada de seguro. Cuanto pudo prometerme fué que si Marcelo viniera a U.R.S.S. por sus propios medios, encontraría seguramente trabajo, y, en caso de necesidad, podría recomendárselo a la dirección de un Kolhoz o un Sovkhoz. Mas contrarlo de avance, sin ninguna noción previa de sus capacidades y de los servicios que pudiera prestar, es, una vez más, imposible. Otra solución me fué indicada por este hombre amable, que es el tal funcionario: si Marcelo pudiera decidir a un grupo de (o de argentinos "colonos" de otras nacionalidades) — una cin-

Parece Mentira

Todavía no ha sido levantado el estado de sitio.

Todavía no ha sido levantada la clausura que pesa sobre algunos diarios argentinos.

Los socialistas independientes prestigiaron a los candidatos conservadores de Mendoza.

Capdevila ha estrenado un sainete en el teatro Smart. "Se vende una negra". Época: la de la colonia. No, nuestro pasado no se merece eso. Hay que rehabilitarlo cuanto antes.

García Velloso y López Buchardo repiten el bodrio de "Madama Lynch", con "La Perichona". En el transcurso de ambas obras caben numerosos bostezos.

Estamos en condiciones de asegurar qué, antes de la aparición del libro de Victoria Ocampo "De Francesca a Beatrice", el Dante ya era conocido y comentado en el mundo.

Se ha reunido en consejo la familia de una conocida poetisa aristocrata para elegir el nuevo crítico francés que ha de elogiar la última obra de la susodicha portalira.

Obreros panaderos han sido condenados a cuatro años de prisión por asociación ilícita!

Algunos obreros chauffeurs serán condenados también por lo mismo...

Hay una diferencia entre los desterrados comunistas y los desterrados radicales. Estos últimos son los turistas del destierro.

rio de que hablo es un personaje considerable. Pero aquí, ya puedes decirlo, no estamos en el reino del favoritismo. Todo se halla subordinado a los intereses del Estado — en otros términos, de la colectividad. Si ulteriormente pudiera demostrarse que Marcelo puede, realmente rendir servicios que justifiquen un sacrificio — entonces todo cambiaría. Mas esto es cosa que no depende de mí.

Si, me encuentro entusiasmado por muchas cosas aquí. No es que no se encuentre también materia de crítica, eso tampoco. Pero, verdaderamente, el esfuerzo hacia lo mejor, hacia el bien, es formidable (no hay otra palabra para designarlo). Y al paso que va, no tendrán que emplear más de algunas unidades de año para alcanzarnos... y pasarnos, a nosotros, los orgullosos de Occidente ¡tan engritados de nuestra "vieja civilización". ¡Ah, sí, muy vieja, demasiado vieja! Por acá todo es nuevo, todo joven; un poco incoherente, un poco contradictorio quizás... Mas esto "bule", ¡se mueve al menos!

Lea: "Actualidad"

Nicolás Olivari
El hombre de la baraja y de la puñalada

Enrique González Tuñón
Camas desde \$ 1.—

González Lanuza
"Treinta poemas y pico"

Bernardo Graiver
Las memorias de Juan Gordoni

Concurra al Teatro del Pueblo

Ayude al teatro proletario

CONTRA, 1933 MAYO

EN EL PRÓXIMO NÚMERO TRABAJOS DE: Edmundo Guibourg, Arturo Mom, Nydia Lamarque, José P. Barreiro, Cordova Iturburu, Jorge Luis Borges, Amparo Mom, Giselda Welker, Demetrio Zadam, María Carmen Portela de Araoz Alfaro, Facio Hebecquer, Morey Otamendi, Juan Carlos Welker, Carlos Moog, Ricardo Setaro, Petit de Murat, Augusto Guibourg, Carlos Muñoz, Conrado Nalé Roxlo, Pedro Juan Vignale, Norah Lange, Amado Villar, René Garzón, Carlos A. Barry, Martínez de Arroyo, y otros escritores y artistas.